

LA CONCORDIA,

REVISTA MORAL, POLÍTICA Y LITERARIA.

Núm. 3.

Domingo 24 de Mayo de 1863.

Año I.

EL PARTIDO PROGRESISTA Y EL PODER.

Acababa de abrirse la legislatura de 1858. El ministerio presidido por el general O'Donnell comparecía por primera vez ante los representantes de la nación. Discutíase su existencia, examinábanse sus principios, pronunciaba cada uno su juicio y su voto sobre lo que entónces se esperaba que fuera la Union liberal. En aquellas solemnes circunstancias, un senador, benévolo á la sazón al gabinete, remontándose á consideraciones generales acerca de los partidos que nos dividen, pronunciaba estas palabras, que parecía escuchar con satisfaccion la Cámara toda:

«Natural era, pues, y conveniente que hubiera esos dos partidos en España (el partido moderado ó histórico, y el partido exaltado ó progresista): natural era que se disputasen el mando en ella, como se lo disputan en todos los países regidos por esta forma de gobierno; y nada habría que añadir, si, segun lo deseaba días pasados mi amigo el señor Roca de Togores, esos partidos se hubiesen sucedido alternativamente en el mando, en la direccion de las cosas públicas. Pero hubo una desgracia, señores; desgracia que lo fué para los dos; desgracia que quiero decir aquí, porque aquí se puede decir bien alto todo lo que es verdad, en las materias políticas. ¿Sabeis cuál fué la desgracia del partido progresista? ¿Sabeis cuál fué la desgracia del partido moderado? *Pues fué que el partido progresista no entró nunca en el poder sino á consecuencia de una revolucion, y que el partido moderado no salió nunca del poder sino á consecuencia de una revolucion.* Yo no inculpo á nadie; yo no acuso á nadie. No digo ni que el partido moderado provocara las revoluciones, ni que el partido progresista las hiciera: expongo meramente un hecho, y ese hecho es exacto; ese hecho no puede negarse. *El partido moderado no dejó el poder sino cuando una revolucion se lo arrancó; y el partido progresista no entró en el poder sino cuando una revolucion le abrió sus puertas, impeliéndole á que lo tomara.* Pues bien, señores: si es una desgracia para un partido la de mandar siempre, es tambien una gran desgracia para un partido la de no mandar nunca.

«Es desgracia para un partido la de mandar siempre, porque le falta la vigorizacion que da de tiempo en tiempo el ejercicio de la oposicion, el verse enfrente de los que mandan, el tener que reanimarse con el toque de los principios, como se reanimaba Anteo con el toque de la tierra. Cuando sucede ésto, los partidos olvidan las doctrinas, y se fraccionan por intereses. Y cuidado, señores, que las doctrinas son las que crean los partidos; los intereses son los que los corrompen y pierden. ¿Sabeis lo que crean los intereses en el mundo? Compañías mercantiles; partidos políticos, no.—Por el contrario, cuando un partido no gobierna nunca;

cuando ese partido, para mandar, necesita entrar en el poder empujado, elevado por una revolucion; ese partido no tiene la ventaja de ensayar y contrastar sus teorías en la piedra de la experiencia; ese partido entra con malas alianzas, con malas necesidades, á realizar idéas utópicas, que no pueden verdaderamente llevarse á cabo.—Repito pues que tuvimos esa desgracia en España: la de perder el partido moderado sus verdaderas condiciones constitucionales, halagado por la atmósfera del poder en que siempre vivía, y creyendo en su conciencia que era gobierno por derecho divino; miéntras el partido progresista tuvo que aceptar y dar la mano á los sucesos y á las personas que malamente le elevaban, entrando en la gobernacion sin plena libertad para llevar solo á efecto lo que hubiese de útil en sus antiguas idéas; y encontrándose, á virtud de esas necesarias alianzas, imposibilitado constantemente de realizar cuanto habia en él de bueno, de noble y de generoso.»

Quien hablaba de esta suerte cinco años há, y ahora lo recuerda, no puede ser adverso á la idéa de que vaya pacíficamente el poder, por llamamiento de la Corona, á los hombres importantes del partido progresista. Verá en ello un gran adelanto; verá una fortuna para la nación y para los partidos todos. Se desvanecerá la triste ley que señalaba como una desgracia: entrará en buenas condiciones el mismo partido de que hablamos, rompiendo con sus tendencias agitadoras y sometién dose á las necesidades gubernativas: cobrará vigor y se depurará plenamente en el terreno de la oposicion todo el partido moderado, como lo han cobrado, y se han depurado en estos años últimos las fracciones conservadora y disidente, separadas del ministerio. Algunos intereses podrán padecer; algunas personas podrán asustarse, creyendo perdida á la nación por el predominio de sus adversarios: la verdad es que esas lesiones de intereses son una consecuencia inevitable de estos sistemas de gobierno; y que esos pavores se desvanecerán bien pronto, convenciéndose los más asustadizos de que no se pierden los estados por la alternativa que es esencial á los mismos sistemas. En esa traslacion de poder, siempre que natural, pacífica, legítimamente se haga,—(nos atrevemos confiadamente á repetirlo,)—no auguramos y no veremos nosotros sino un adelanto de nuestras costumbres, una extension de nuestros comunes derechos, una garantía de nuestro porvenir.

Así, cuando de algunos meses á esta parte se ha hablado, en una y otra ocasion, del posible advenimiento al ministerio del partido progresista; cuando se ha discurrido con constancia y con empeño sobre la reorganizacion de ese partido propio,—hecho que se miraba cual preparacion y base para que fuese llamado,—nosotros hemos oido des-

de luego con complacencia tales aseveraciones, y hemos enviado nuestra simpatía á los hombres públicos que se designaban como ocupándose en este trabajo, y preparados para marchar á la cabeza de sus correligionarios políticos. No tenemos inconveniente en pronunciar nombres; porque no hay en nuestro ánimo sino estimacion, y de ninguna suerte censura. Los Sres. Olózaga, Cortina, Madoz, Prim, Cantero, Roda, Álvarez, La Serna, han sido siempre personas que nos merecían aprecio, respeto y amistad: ¿cómo no había de sernos grato el saber que se ponían de acuerdo para reorganizar y rehabilitar al antiguo partido progresista, y que merced á esa conciliacion, á esa concordia, era ya factible, casi íbamos á decir era probable, que se les entregase próximamente por S. M. la gobernacion del estado?

Mas aunque ese haya sido nuestro primer sentimiento al escuchar la noticia; aunque ese permanezca constante é inalterable en el fondo de nuestra alma, como que pártete de una conviccion bien profunda; esto no quita el que podamos reflexionar sobre el suceso á que aludimos, ni el que nos ocurran acerca de él algunas ideas, dignas de ser consignadas desde esta tribuna libre que ocupamos al presente. Tambien en ella, como en la del Senado, puede decirse bien alto, con la cortesía y la benevolencia de hombres honrados y decentes, todo lo que interesa á la nacion. Á nuestro juicio,—y creemos que en él nos acompañan los hombres más distinguidos de la escuela liberal,—el uso libre de la imprenta, tan franco como respetuoso, tan sincero como ageno á malas y pequeñas pasiones, es el signo más característico de los progresos constitucionales. —No se extrañe pues que, insistiendo en la satisfaccion enunciada, discurramos todavía en público, como hemos discurrido en el fondo de nuestra inteligencia. Seguros estamos de que no lo extrañarán las mismas eminentes personas que son objeto de estas reflexiones.

El partido progresista, pensábamos nosotros, se reorganiza para rehabilitarse. Algo hace pues, alguna modificacion sufre, algun cambio interior experimenta. Sin duda han observado los que dignamente llevan su bandera, que había en él alguna cosa, que, ó por su naturaleza misma, ó por la índole de los tiempos, le perjudicaba. Á nosotros se nos figura que eso es lo que va envuelto en la idea de reorganizacion y rehabilitacion. Un partido que nada tuviese que modificar, nada que mejorar, que estuviese seguro en un todo de sus principios y de su conducta, parécenos que no concebiría el pensamiento de reorganizarse. Aun para recoger de nuevo á los que pasajeramente le hubiesen abandonado, no creemos que empleara semejante palabra, semejante fórmula. Abriría su puerta, entrarían por ella los que hubiesen vacilado ó emigrado ántes, y todo estaría dicho.

Así, creemos que las expresiones en cuestion han significado algo. Lo creemos, porque no concebimos que en otro caso las emplearan hombres de la altura de los que las emplean. Y lo creemos tambien, porque, hablando sinceramente, con la mano sobre el corazon, juzgamos que algo tenía que examinar de sí propio, que algun trabajo de modificacion y de depuracion debía hacer en sí mismo el partido progresista.

Pero ántes de explicar, y, si podemos, de justificar este aserto, permítasenos una verídica protesta. Ni queremos herir á nadie, ni queremos echar la menor censura en una respetable agregacion de españoles, como ese partido lo es. Que en el fondo de sus doctrinas ó de sus tendencias hubiese algo de ménos cierto, de ménos puro, de ménos defendible, ¿quién puede extrañarlo ni condenarlo con dureza? ¿No sucederá ó no podrá suceder lo mismo en todos los otros partidos sus contrarios? Y si se reconoce la impureza, el error, la escoria que desnaturaliza y daña, ¿por qué no ha de ser una honra, lejos de ser un demérito, el renegar de ello, el deponerlo, el arrojarlo desde el primer instante?

Asegurado ésto así, y declarando por nuestro honor que lo decimos con toda sinceridad, expliquemos lo que ántes enunciábamos sobre las reflexiones que podría hacer acerca de sí mismo el partido que nos ocupa, sobre esos álgos que, en nuestro juicio, le perjudicaban.

Sin culparle en lo más mínimo por ello, hemos dicho ántes que nunca vino al poder sino empujado por la revolucion. La revolucion le dió pues la mano, la revolucion le trajo más de un triste compromiso. ¿No habrá sido posible que haya dejado en su seno—aun á pesar de él—alguna triste reminiscencia, que le comprometa para ciertos ánimos, que le suscite dificultades en ciertas regiones? Sabemos bien que el único modo de que se allane de todo punto tal embarazo es su advenimiento legal y pacífico á esas regiones mismas. Entónces se borrarán aquellos recuerdos, entónces se depondrán las prevenciones consiguientes, entónces se entrará en una marcha distinta, cabiendo que haya plena fé, omnimoda confianza, en la lealtad comun. Pero nuestra observacion subsiste y dura, á pesar de ese raciocinio. ¿No habrá quedado aún algo de ese contacto revolucionario, en el fondo real, ó por lo ménos en el fondo aparente del partido progresista? ¿No le convendría á él, no le sería fácil el pasar por cima una esponja, y el acabarlo? ¿No comprende que hay antagonismo entre las ideas de poder y de revolucion, y que es difícil que, sin ser forzado, se entregue el primero á la segunda?

Por mucho tiempo, por muchos años, ha venido siendo afectacion de ese partido la de estimar vivas y abiertas las más árdas cuestiones constituyentes. Por mucho tiempo, por muchos años, hombres que se miraban como insignes en él, han indicado con harta claridad que el sistema de 1845 no era su sistema, y que en el momento en que les fuese posible, levantarían sobre sus ruinas una distinta organizacion. Por mucho tiempo, en estos últimos años, han dado á entender otros ó los mismos, que la actual legalidad no es la verdadera legalidad, y que el abortado código de 1856 continúa siendo su *desideratum*, su norma, el objeto de sus afanes. Y no sólo por mucho tiempo, siempre, hemos oído y estamos oyéndoles invocar la soberanía nacional, no como un principio de garantia, cual la explicaba Benjamin Constant, cual la explicó el Sr. Olózaga, cual es general entre los liberales el aceptarla, sino como un principio de accion, como una máxima de gobierno, lo cual es la canonizacion de todos los trastornos, de todas las revoluciones. ¿Qué mucho pues que, tomando tal resumen por doctrina del partido entero, se le considere en un estado de

permanente aspiración revolucionaria? ¿Qué mucho que se le estime en una situación, en un campo, que no pueden ser jamás los de los poderes constituidos, los cuales se creen por necesidad legítimos, estables, permanentes; los cuales no pueden de ningún modo aceptar esa condición insegura y litigiosa?

Repetimos otra vez lo que nos parece haber dicho en varias ocasiones. No inculpamos, no acusamos á nadie. *Sabemos que á los partidos se les lanza en el terreno de la revolución, cuando se les cierran sistemáticamente las puertas del poder. Pero sabemos asimismo que, cuando por desgracia caen en ese terreno, no es de extrañar, por más que sea deplorable, el que esas puertas les continúen cerradas.* Nosotros no temeríamos abrirlas, persuadidos de que los propósitos revolucionarios se desvanecerían al entrar por ellas. Hemos estudiado la historia, y conocemos los milagros de la confianza. Mas no todos tienen de ésta la dosis que nosotros tenemos. Ciertas esferas suelen ser naturalmente recelosas; y el miedo á lo desconocido ó aventurado es muy general entre los hombres. ¿Por qué pues, volvemos á decir, no habían de reparar en esos accidentes los jefes del partido de que hablamos, y no habían de satisfacer esos justos escrúpulos, á fin de facilitar lo que ellos desean, y lo que, de cierto, nos conviene á todos? Si el partido progresista es perfectamente legal, como creemos, en el sentido de respetar las instituciones y de no proponerse trastornarlas; si tiene aceptadas en su esencia, como creemos, las formas actuales; si profesa, como creemos, la doctrina monárquica y la división de las Cortes; si no nos quiere arrastrar, como creemos, á contiendas estériles, cual lo son todas las constitucionales, desde el punto en que se posee una mediana Constitución, abierta á las influencias y el espíritu de la época;—(y no añadimos si es sinceramente dinástico, pues en ésto no cabe la menor duda, y no le suponemos un partido de traidores que admitiese el poder de nuestra Reina para destronarla;)—¿por qué no lo dice de una manera que no deje lugar á sospecha, ni consienta tergiversación, y por qué no se abstiene en todas las ocasiones de decir algo que pueda hacerlo dudar, que suscite aprensiones de incertidumbre en los entendimientos sinceros ó imparciales?

¿Cuánto no ganaría, volvemos á decir, el partido con esa absoluta franqueza! ¿Cuánto no ganaría la nación!

Hé aquí, clara y abiertamente dicho, lo que entendíamos nosotros que estaba en la obligación de considerar y de hacer el partido progresista, al admitir la idea de una reorganización que le acercara al poder, como todos deseamos. Quizá no es ésto sólo; quizá debería haber examinado algún otro particular de sus doctrinas ó de sus tendencias, en las cuales tememos haya permanecido más atrás de lo que exige el movimiento común, constituyéndose en un estado verdaderamente anacrónico. Pero no es nuestro ánimo el darle lecciones, reconociendo que no nos asiste derecho para ello. Sus doctrinas, él es quien ha de concebirlas; su conducta, él es quien ha de trazarla. Nosotros nos hemos permitido únicamente llamar su atención sobre esos puntos capitales: porque esos puntos no versan sobre el modo de desempeñar el poder, sino sobre facilitar su advenimiento al poder mismo, y éste no es interés especial, sino interés común. Nosotros no le decimos «gobierna de tal suer-

te:» le decimos tan solo:—«rompe bien con las tradiciones y apariencias revolucionarias, á fin de que sea fácil que se te entregue el gobierno.»

Puede ser que nos equivoquemos en este juicio; mas esas nos parecían y nos parecen condiciones capitales, necesidades verdaderas de la reorganización que se ha intentado, y que dicen se ha llevado á cabo. Otra cosa, repetimos, no la tenemos por reorganización. Si el partido progresista no se hallaba en el caso de reversionar nada ni en sus símbolos, ni en sus tendencias, ni en su conducta, ignoramos de todo punto por qué se ha usado aquella palabra, y por qué se ha despertado la idea que le es consiguiente. No ha habido, como se indicaba ántes, sino un retorno de los idos, y un abrazo de reconciliación entre ellos y los que dados.

Que ésto haya podido suceder sin la menor dificultad, sin el menor desdoro de nadie, ni aun siquiera es necesario decirlo. Los hombres públicos nos equivocamos, del propio modo que los demás hombres; y cuando cae de los ojos la venda, y cuando se deshace la equivocación, es completamente digno el deshacer lo que erradamente se hiciera. Si el Sr. Cortina cree que han pasado los motivos que le determinarán á su largo aislamiento; si los Sres. Prim, Castero, La Serna, Roda, Álvarez, juzgan que hicieron mal aceptando la transacción á que se dio por nombre *Union liberal* en las evoluciones de 1856 y 1858; claro es que han hecho perfectamente en volver sin condiciones al lugar de donde habían partido, y en ponerse de todo punto al lado de los Sres. Olózaga, Madoz, Calvo Asensio y Sagasta. Nada de censura en nuestro juicio; nada de desaprobación en nuestros labios. Respetamos la conciencia; y aplaudimos completamente los actos que en ella tienen su origen.

Pero permítasenos una absoluta franqueza. No podemos ménos de dudar que el Sr. Cortina se haya arrepentido de su aislamiento; que los señores que estuvieron en la *Union liberal* se hayan arrepentido también de los propósitos que á ella los llevaron. Se nos figura que lo que ha habido en estos últimos es lo que en otras personas que no eran de procedencia progresista, y que habían entrado á la par en aquella situación, de la que confiaban hubiese de hacer algo, de crear algo. Los errores de los cuatro años, la carencia de ideas del general O'Donnell, el falso criterio del Sr. Posada, y el que no queremos calificar del Sr. Calderón Collantes, los han hecho romper y separarse de semejante mentida union. Mas los pensamientos generosos que los impulsaran, creemos que no habrán desaparecido enteramente de sus nobles inteligencias: si los ha comprometido en la práctica, sabe Dios para cuánto tiempo, ese triste ensayo, no por eso los han de renegar hombres de tanta rectitud y de tanta altura, y que precisamente los adoptaron en medio del caos de 1855 por su propia altura y por su misma rectitud. Puede haber pasado por ahora y malográndose aquel intento: algo empero ha producido de útil, algo quedará para siempre de él, alguna huella ha dejado en los que de buena fé le promovieran y le aceptarían.

Ahora bien: si ésto es así; si son fundados nuestros juicios; si no es un simple arrepentimiento lo que lleva de nuevo al partido progresista á los que lo habían abandonado,

ora para aislarse, ora para formar otro; si al volver á ingresar en él, han pronunciado ellos ó han dejado que se pronuncie la palabra reorganizacion; séanos lícito insistir todavía más en cuanto veníamos exponiendo, y extrañar todavía más que no se haya dirigido al fondo de su ser y á las íntimas condiciones de su existencia esta fría é investigadora mirada que analizábamos y declarábamos en los párrafos anteriores. Que el Sr. Olózaga y el Sr. Madoz, que no habían salido de sus términos, no viesen la conveniencia ó la necesidad de tal exámen, es cosa que no puede extrañarse, por mucho que estimemos, como estimamos, su perspicacia: los que viven de continuo en una atmósfera, no son los que distinguen más bien sus peculiares condiciones. —Pero que no las noten, que no las extrañen, que no llamen la atención sobre ellas los acostumbrados á respirar atmósferas distintas; hé aquí lo que verdaderamente llama la nuestra, y lo que nos parece de todo punto inconcebible. Desde esa distancia en que, ó por su soledad ó por sus nuevas relaciones, habían estado, ¿cómo no han visto el Sr. Cortina, el Sr. Prim, el Sr. Álvarez, el Sr. La Serna, el Sr. Cantero, el Sr. Roda, que era efectivamente necesaria una verdadera reorganizacion del partido de que hablamos, si había de entrar plenamente, como él deséa, y como deséan todos los buenos españoles, en las condiciones normales de capacidad política y de porvenir gubernativo? ¿Cómo no han visto que faltando ésto, que no haciendo ésto, ellos, hombres de más amplias idéas, hombres que han vivido en otras situaciones, promoviéndolas, dirigiéndolas, apoyándolas, no iban á ser por sí mismos sino unos *neo-progresistas*, condenados, aun más que el partido propio, á una triste y dolorosa esterilidad?

No queremos ser más largos. Un sentimiento de justicia, un movimiento de benevolencia, una idéa de público interés, son los que nos han guiado en cuantas consideraciones llenan este artículo. Nosotros amamos la libertad, y deseamos con todas nuestras fuerzas, no sólo el afianzamiento, sino el desembarazado juego de las instituciones representativas. Será un día de júbilo aquel en que veamos que los partidos todos—siquiera todos los partidos medios—participan en justa y racional alternativa del poder. Harto es, demasiada desgracia es ya, que existan partidos extremos, los cuales por su naturaleza están imposibilitados de su desempeño y posesion. Esos partidos de lo absoluto rechazan, de propia índole, la idéa de lo que es necesariamente transaccional, flexible, variable: son sectas filosóficas, más bien que medios de gobierno. Pero el partido progresista no es de esa especie. En hecho y en principio hay otros más allá: en hecho y en principio debe ser hábil, debe estar apto para la gestion de las cosas públicas. ¿Por qué no ha de ser algo semejante á lo que es el partido whig en Inglaterra? Si él lo deséa, también lo deseamos nosotros. Pero créanos esto que le decimos con la más perfecta sinceridad, y con la convicción más absoluta: *no le basta expresar ese deseo, si no hace al mismo tiempo lo que debe hacer y lo que puede hacer, á fin de que el deseo se realice.*

J. F. PACHECO.

ASEGURADA DE INCENDIOS.

SEGURO DE LAS UNIVERSIDADES Y DEMÁS ESTABLECIMIENTOS DE INSTRUCCION PÚBLICA.—SEGURO DE LA CONCORDIA.

CARTA ESCRITA AL SR. D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA,

POR FERNAN CABALLERO.

Mi querido amigo: Cuando ví mi insignificante nombre figurar al lado del de personas de primera categoría en saber é importancia, entre hombres de Estado y académicos ilustres, más aún que vivamente agradecido á tanta honra, me sentí profundamente avergonzado, por la razon de que en todas las cosas nunca aparecen más pequeñas las chicas, que cuando se ponen al lado de las grandes. Para haberme colocado en aquel lugar, no bastaba, ciertamente, la condescendencia, tan propia de la superioridad, ni la parcialidad, tan ciega á veces, de la amistad; y reflexionando sobre lo que me habria merecido tan alto puesto en un periódico de tal gravedad é importancia, me lo expliqué y lo explicaré á los lectores de LA CONCORDIA, si les merezco la honra de que pasen por la vista el siguiente trozo de una corta descripcion de Galicia que inserté en mis *Diálogos entre la juventud y la edad madura*.

Pasa este diálogo entre la Marquesa de Alora y el Conde de Viana; y dice así:

LA MARQUESA. He pasado en Santiago sus animadas fiestas patronales; he oído la música aérea de sus campanas, y la militar de su guarnicion; he visto sus fuegos, sus gigantes, restos memorables de cándidas épocas pasadas; he visto moverse, cual hormigas, millares de vivientes alegres y animados; he visto el sol sonreír á esta gran reunion devota, pacífica y alegre. Pero nada de esto, Conde, ha sido suficiente para distraer mi ánimo de la grave contemplacion que inspiran aquellos edificios, que temo profanar dándoles el nombre de *burgraves* de la arquitectura; nada en lo presente podria compartir la meditacion en que sumen á la mente que busca y halla en ellos los vestigios de los siglos, la marca de la historia y el panteon de hombres que, si aquí yacen silenciosos y ocultos, brillan en la oscuridad de lo pasado como estrellas en la noche.

No creo, Conde, que en ninguna parte del mundo se presenten tan grandiosa, tan propia y tan vivamente las huellas de grandes cosas y grandes hombres de la historia como en Santiago; es el archivo del tiempo, mejor conservado y menos profanado que creo puede existir en el mundo. Aquisgran conserva palpable la memoria de su Carlo-Magno, la que llena allá lo presente como lo pasado; la historia y la poesia; la realidad y la fantasia; el corazon y la cabeza. Pero aquí no es una historia parcial ó aislada; aquí es un centro al que desde el Santo Apóstol á quien debe el nombre, ha venido, atraído por la gloria y fama del santuario, cuanto grande ha existido, sin exceptuar al mismo Carlo-Magno. La gran plaza, que componen solo cuatro magníficos edificios, infunde tal respeto, Conde, que no se quisiera pisar sino de rodillas. ¿Y cómo no sentir ese respeto nacido de las reflexiones que inspiran?

Si miraba á la soberbia Catedral, consideraba que más de mil años han pasado desde que se fundó.

Si al Seminario conciliar, obra perfecta del siglo pasado, que hace frente á aquel, con sus grandiosos soportales, que lo fundó un Obispo en bien de la religion; si á la derecha, al hospital, no menos grande y digno, consideraba que lo fundaron los Reyes Católicos. Si á la izquierda, al Colegio que en 1544 labró el Arzobispo Fonseca, recordaba que fué para los pobres, y que por eso le apellidó el vulgo *Colegio de pan y sardina*.

Sí, Conde, de rodillas se quisiera pisar aquel recinto, aunque no fuese más que para pedir perdon á ese gran tiempo pasado, de la osadía con que la ingrata época moderna lo desprecia, lo zahiere y lo vilipendia. Allí, Conde, se labraron esos suntuosos é impercederos edificios y santuarios á la RELIGION, á la CARIDAD, al SABER DIVINO y al SABER HUMANO!

¿Y quereis que no pida perdon á ese pasado que insulta este presente, que labra teatros, plazas de toros y paseos!!!

EL CONDE. ¿Y se lo criticais, Marquesa?

LA MARQUESA. No, á no ser las plazas de toros; ¡esas... sí! lo demás no se lo critico, no, al contrario. Pero le niego el derecho de condenar tan amargamente en nombre de las luces y de la filantropía las épocas pasadas; me parece un parricida, y lloro la ingratitud de la presuntuosa mocedad hácia la respetable vejez que le dejó la herencia que disfruta.

EL CONDE. No os exalteis, Marquesa; la exaltacion, aun en los mejores y más elevados sentimientos, nos hace injustos, y exacerba el dolor.

LA MARQUESA. Si la exaltacion es santa y buena, dejadla alzarse aunque sea en alas de suspiros.

EL CONDE. Es que todas se creen santas y buenas. Las exageraciones, señora, dañan á su objeto. M. Emile de Girardin ha dicho en su periódico *La Presse*:

«Toda libertad tiene sus límites naturales, que no puede salvar impunemente.

»La libertad de reunion, tiene por límite y castigo el tumulto.

»La libertad de exámen, tiene por límite y castigo la duda.

»La libertad de imprenta, tiene por límite y castigo el descrédito en que cae, y la reaccion que provoca.»

Y yo añadiré que la facultad de sentir tiene por límite y castigo el torturarse el corazon, y el amargarse la vida, sin provecho de nadie.

LA MARQUESA. Sin provecho, no, Conde; ¡Dios nos libre de asemejar las cosas del corazon á las de la tierra! Y ahora os diré yo á mi vez:

El afan de atemperar los sentimientos, tiene por límites y castigo el enfriarlos.

EL CONDE. Vamos, ambos tenemos razon; en un buen medio está la virtud.

LA MARQUESA. Sí, como lo está el talento entre la ignorancia y el genio, segun un autor francés.

EL CONDE. Pero... Marquesa, volved á Santiago y describídmelo en llana y exacta prosa.

LA MARQUESA. Eso no podré, Conde; no sé hacer llana y exacta prosa, dijo la marquesa; no soy bastante positiva, ni bastante instruida.

EL CONDE. No decís mal: hacéis poesía.

LA MARQUESA. ¡Poesía! ¡Pues si no sé hacer un verso!...

EL CONDE. No importa. Dice otro autor competente, «que los versos son hartas veces enemigos de la poesía; porque la poesía es la inspiracion del alma, y la versificacion es una convencion del entendimiento.» Y añade en otro lugar: «la inspiracion del corazon no es nunca ridicula, como lo es á veces la de la imaginacion; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres.» —Habládme, pues, de Santiago; y si no quereis en llana y exacta prosa ni en poesía; que sea en vuestro lenguaje propio, que no tiene, segun vos, nomenclatura.

LA MARQUESA. Solo lo entrevi, Conde. Además, no tengo los conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos necesarios para hablar debidamente de pueblo tan importante en estos ramos. Solo os diré someramente que es magnífica la Universidad, y que lo solo que me chocó en tan grandioso edificio de bóvedas, piedras y mármoles, fué ver en su hermoso y noble frontispicio una diminuta losa blanca, con esta interesante inscripcion:

ASEGURADA DE INCENDIOS.

Paréceme que más propio hubiese sido el poner en ese grave, incombustible y poderoso edificio: «Asegurado de las malas doctrinas anti-religiosas, anti-sociales y anti-nacionales, que infestan nuestra pura atmósfera» (1).

Hasta aquí lo que á mi propósito conviene de aquel diálogo.

Ahora bien: esa losita blanca, incrustada en aquel sólido y suntuoso edificio, del cual no forma ni puede formar parte, soy yo, es mi nombre, amigo Fermín, en el grave, autorizado é importante periódico de V., en LA CONCORDIA; como si además, y con referencia á esta *Revista*, quisiera decir: «Asegurada contra toda sospecha de rigidez ni exclusivismo, que tan ajenos son del verdadero mérito y bien conquistada superioridad.»

Y con esto, quedando deslindada mi opinion sobre LA CONCORDIA y mi humilde participacion literaria en ella, pido á Dios que haga fructificar el noble y generoso sentimiento que la inspira.

Sevilla 18 de Mayo de 1863.

FERNAN CABALLERO.

FILOSOFIA KRAUSSISTA.—SU CARACTER.

ARTÍCULO PRIMERO.

Entre todas las modernas teorías filosóficas, el informe, oscuro, nebuloso, verdaderamente caótico sistema de Krausse, es el que, con predominio casi exclusivo, turba hoy la fantasia de los racionalistas en España. Nos importa darlo á conocer tal cual es, por lo mismo que hay empeño en divulgarlo presentándolo como no es, con caracteres que no son suyos, ni podrán nunca

(1) Entiéndase que no es esto decir, ni por asomo, que aquella ilustrada Universidad precisamente necesite de esta clase de seguros, tanto ni más que otra alguna: se la cita únicamente porque en ella vió el escritor el hecho á que se refiere.

pertenecerle. Su fuerza estriba únicamente en el misterioso prestigio de la oscuridad. Convirtámonos en polvo, consolo derramar sobre ella los brillantes fulgores de la verdad. «El mal, decía Balmes, no se extingue con la represión; es mucho más útil y provechoso, es enteramente indispensable ponerle enfrente, ahogarlo con la abundancia del bien.»

¿Qué es la filosofía de Krausse? ¿Cuál es su indole, su forma especial? ¿En qué consiste la esencia de su doctrina? ¿Cuál es su verdadera síntesis?

Responder á estas preguntas es el objeto único de este y los demás artículos que acerca del kraussismo nos proponemos escribir.

Describiremos este ruidoso sistema, sin pasión, con verdad, con sus propios y naturales coloridos. Tan grande es nuestro empeño, tan firme es nuestro propósito de no alterar ni en un solo ápice la forma, la esencia, el conjunto de esta filosofía, que ni aun al sol de la fantasía confiaremos la fácil tarea de reproducir su exacta imagen en las planchas fotográficas. No queremos que nuestros lectores examinen el retrato; contemplarán la realidad misma, que, tal cual es, descubriendo su esencia, hablando en su propio idioma, desfilará por delante de sus ojos.

Muchas son las personas que hablan hoy del kraussismo; pocas, por fortuna para ellas, son sin embargo las que hasta ahora han empleado, han perdido, en estudiarlo el tiempo y la paciencia, que para conocerlo con profundidad son indispensables.

Su valor consiste en la entonación dogmática con que se propone, las sombras misteriosas desde las cuales se anuncia, y las densas tinieblas que forman la atmósfera de error en que vive. El filósofo kraussista se expresa con la misma ambigüedad, con la propia enigmática concisión, con las extravagantes fórmulas que en sus respuestas empleaban los oráculos de la antigüedad gentilica.

El kraussismo impugna todas las antiguas y modernas teorías filosóficas; apaga todas las luces divinas y humanas que, desde Adán hasta Descartes, y aun hasta el mismo Kant, han esclarecido la razón del hombre; niega todos los sistemas, se aparta de todos los conocidos principios, destruye la antigua armonía, crea el caos; y sobre el caos y la oscuridad, sobre las informes ruinas de su insensata crítica, alzando la voz, con acento jactancioso, exclama:—«El viejo mundo intelectual ha muerto. Solo hay vida en mi inteligencia. Mi razón es el espíritu de Dios, que se cierne sobre los torbellinos del caos. Mis principios son el puro sol de Dios, creado en el cuarto día para derramar torrentes de luz sobre la embrollada naturaleza. Mi filosofía contiene las leyes inmutables que han de restablecer la armonía de la creación, turbada por los errores y confusas ruinas de la ciencia que dominara en los pasados tiempos. Yo muestro á Dios, comprendo al hombre, explico el universo, y enlazando el espíritu con la naturaleza, formando con la unión de estos dos elementos *respectivamente infinitos* la persona universal, la humanidad, estrecho en el hombre los lazos del alma y el cuerpo, en la humanidad los del espíritu y la naturaleza; y esta unión, este pensamiento, que elaboro en mi conciencia, me eleva sobre el mundo para buscar la razón, la esencia *una y entera* del espíritu y la naturaleza. Yo llego así á la nueva noción del *Ser Supremo*, del *SER DE TODA REALIDAD*, del *SER UNO Y ENTERO*, causa y razón de la variedad de las cosas que contiene *en sí, bajo sí y por sí* todos los géneros, todos los órdenes particulares de la realidad. Oponiendo la realidad *una y entera*, considerada como tal, á los diversos órdenes de la realidad que ella envuelve, que ella encierra en su seno, que posee en sí, *concibo* á Dios como *Ser Supremo*, flotando, agitando sus alas sobre el espíritu y la naturaleza, sobre la humanidad y el universo, siendo espíritu y naturaleza, mundo y humanidad al propio tiempo.»

Hé aquí cómo habla, en qué forma expone sus principios la filosofía kraussista, cuya especial indole examinamos. Meditando, fijando nuestra atención en la curiosidad que en nosotros inspira todo lo que es oscuro y se multiplica en la os-

curidad, todo lo que se nos presenta como bañado por pálida luz en la superficie, aunque escondida su cabeza, su corazón y sus pies en abismos de tinieblas; recordando el poderoso atractivo que halla siempre en nuestro espíritu todo lo misterioso, no podremos extrañar nunca el éxito del kraussismo, el grande influjo que en los espíritus apocados ha ejercido este sistema tan inconsecuente y jactancioso, que tanto ofrece sin cumplir nada; que tanto habla de verdad,—siendo su antítesis,—como de la luz, aunque de su seno broten únicamente las tinieblas.

Las teorías kraussistas, como los fuegos fatuos, fantasmas de los sepulcros, solo espantan á los hombres de estrecha frente y corazón tímido, que desconocen cuán inofensivas son sus llamas, tan deslumbradoras como variables.

El kraussismo es un cadáver cubierto de oro y púrpura; se agita, pero no es movido por fuerza propia; le dan vida fantástica las corrientes galvánicas que sin cesar le envían el miedo y la pereza. Acercáos á él. Carece completamente de vigor. No puede ni aun moverse. Científicamente hablando, es un verdadero cadáver. Su principio fundamental es falso, y nunca lo aplica. La inconsecuencia es su vida. No puede dar un paso en el mundo intelectual. No puede hacer ninguna afirmación sin ponerse en contradicción manifiesta con el fundamento esencial de su escuela. Pretende ser dogmático, y la duda es la atmósfera única en que respira; la confusión, la ley inmutable de su existencia; la negación, en fin, de toda verdad, la consecuencia lógica, necesaria de todas sus premisas.

Lo repetimos. La filosofía de Krausse no tiene ni jamás podrá tener vida intrínseca. Le falta el aliento, que es la lógica, y nunca ha experimentado en sus miembros, en sus principios fundamentales, la savia vivificadora que en todo lo verdadero derrama la eterna verdad. Acercáos al kraussismo. Arrancadle la púrpura, las ideas antiguas que niega para copiarlas, y que no son suyas; despojadle de la fraseología cristiana con que cubre la fría estatua del paganismo, del oro que no le pertenece; dejad de comunicarle con vuestro respeto á su mentida profundidad científica, con vuestra veneración á su exagerada originalidad vuestra propia vida; y cuando lo hayáis dejado tal cual es, con lo que únicamente es suyo, os quedaréis con lo que únicamente tiene, con lo que únicamente puede dar: con el caos nebuloso de la inteligencia humana.

El kraussismo pudiera compararse á una vieja matrona que, protegida por la débil luz de una lámpara lejana, realzada por los deslumbrantes atavíos de la moda, afectando el vigor de una juventud llena de esperanza y lozanía, intentara ocultar el hielo que llena su pecho, las arrugas que surcan su frente y el convulsivo temblor que los años han infundido en todos sus miembros.

La luz en estos casos es el antídoto único contra el error. Lleveos, pues, la luz á este sistema. Conozcámoslo para estimarlo en su justo valor. Pero ante todo conviene hacer una declaración importante. Hablamos contra la filosofía, y solo para honrarlo recordamos el nombre de los filósofos kraussistas.

La filosofía de Krausse se ha introducido en España, gracias á la protección del gobierno; vive y prospera entre nosotros porque el Estado la compró en Alemania, la trajo pagando el porte correspondiente á la península, y la ha conservado siempre á costa del erario público, sin miedo á los azares de la libre concurrencia. Se ha verificado en España la importación de esta doctrina con certeza absoluta de no perder, porque la nación sufragaba los gastos, y con esperanza casi segura de ganar, porque la protección era eficaz y poderosa; y la competencia, por lo extraordinario de las circunstancias, podía con razón apelidarse nula. Todas las grandes ideas se propalan merced á la abnegación de sus *apóstoles* ó á la esperanza de lucro en los mercaderes que las transportan. En el primer caso, el riesgo personal indica seguridad, convencimiento profundo de la verdad de la doctrina. En el segundo, el peligro que arrostra el capital es signo infalible de la confianza que abriga el comerciante en la bondad de su mercancía.

El kraussismo no ha tenido apóstoles que con riesgo de su

vida lo anuncien en todo el mundo, ni mercaderes que, trasportándolo, crean hallar en su tráfico segura ni aun probable ganancia. Esto demuestra que el glacial sistema de Krausse, hablando en lenguaje economista, no tiene demanda, no es muy buscado en los grandes centros consumidores, en los mercados de la civilización.

El kraussismo vive y crece entre nosotros, como viven y crecen las plantas de extraños climas, que á fuerza de inmensos sacrificios, se conservan en los invernáculos. Como planta del Norte, moriría sofocado por el ardiente y esplendoroso sol del Mediodía, en el instante mismo que se viera alejado de la atmósfera artificial y costosísima en la cual se conserva.

El kraussismo, por otra parte, es necesariamente estéril é intrínsecamente infecundo. Le falta firmeza en la doctrina, verdad en las afirmaciones, claridad en los juicios, esperanza en lo religioso y abnegación en su moral, esencialmente materialista. No es ni puede ser nunca civilizador. El kraussismo no ha derramado ni derramará nunca un solo átomo de luz en los países agobiados por las tinieblas de la barbarie. El kraussismo, en fin, no ilumina, no inspira, no civiliza; no es filosofía. Por esto es planta exótica en todos los climas. Por esto no ha podido nutrirse ni aun en los pechos de su propia madre. Por esto muere helado por los frios del Polo; es sofocado por los ardores tropicales, y solo puede arrastrar una vida breve y miserable alentado por clima artificial en algunos puntos, no en todos, de las templadas zonas. No sirve, y por esta razón *no es buscado*.

Debemos ahora considerar la filosofía de Krausse bajo otro punto de vista. Después de haber indicado el atrevimiento de sus promesas, la nebulosa oscuridad de las formas que en su exposición emplea, la esterilidad, la necesaria impotencia que lleva en su mismo corazón, cumplenos ahora exponer otros dos rasgos bastante marcados, quizá los más sobresalientes en su carácter.

Los extremos se tocan siempre. La filosofía de la absoluta independencia, se abraza estrechamente con la filosofía del más degradante servilismo. Krausse, proclamando la independencia absoluta de la razón ante Dios, lleva á sus discípulos al servilismo absoluto de la razón ante el hombre. Esta acusación es fuerte: necesitamos probarla.

En pleno siglo XIX, el día 25 de Diciembre de 1853, en su obra titulada *Esquisse de philosophie morale*, prefacio, pág. vi, decía Tiberghien, profesor, hoy rector, de la universidad LIBRE en Bruselas, lo que, traducido con entera fidelidad, copiamos en seguida: «Debo, dice, á Krausse *todo lo que hay de verdadero en este libro*. En las obras de este genio *simpático y luminoso* es donde yo he buscado y encontrado la ciencia.»

¡Cuánta y cuán repugnante humillación! ¡Quién creyera que el más respetado entre todos los discípulos de Krausse había de inclinar su frente hasta el punto de confesar que nada verdadero dice que no sea de otro hombre; que su razón lo debe todo á la razón de otro hombre; que, en fin, no busca la ciencia en Dios, sabiduría infinita, ni aun en la naturaleza, píclago inmenso de ocultas verdades, sino que solo la busca y únicamente la halla en los libros, en las limitadísimas observaciones de un solo hombre!...

Sucumbiría cubierto de oprobio el sistema kraussista, si en masa no se levantara á protestar contra este repugnante servilismo. En tal caso, la dignidad humana y la teoría de Krausse bramarian de verse juntas.

Nos falta presentar una muestra. «Este libro, continúa Tiberghien, consta de tres partes. La primera casi en su totalidad la he tomado de una obra publicada por Krausse en 1828. La segunda es también casi una copia de un libro póstumo de Krausse, impreso en 1843. La tercera es una mera consecuencia, copia también, de las dos copias anteriores.»

Esto es lo que, casi con las mismas palabras, sin variar en nada su significación ni valor, confiesa Tiberghien en la obra y lugar citados, pág. vi. Este escritor kraussista vive aún. Su *Bosquejo de la moral* fué publicado en 1854. Por su estilo, por su

humillante docilidad, por su *jurare in verba magistri*, parece escrito en 1254 cuando menos. ¡Tan grande es el progreso de la filosofía kraussista!

En los pasados tiempos (adoptamos, para *retorcerlo*, el lenguaje declamatorio de los kraussistas), cuando la razón era esclava de la autoridad; cuando el despotismo, agitando su negro manto, como una nube de terror, se cernía sobre el corazón del genio; cuando el filósofo de Estagira era venerado como el dios infalible de los sabios; en los siglos de ignorancia y tinieblas, de crueldad y fuerza bruta, se comprendía, podía explicarse que los filósofos encerraran su razón en los ruidos pergaminos de Aristóteles; que aceptasen, gloriándose de ello, las teorías del fundador del escolasticismo, y con voz muy alta proclamasen en todas partes que su maestro era el fénix de los ingenios, el primero entre todos los sabios, el más brillante sol de la filosofía, el hombre de la ciencia, ante el cual, con la frente inclinada, debían prosternarse todos los hombres. Entonces se escribían libros *según los principios de Aristóteles*. Entonces se enseñaba filosofía *fielmente extractada* de las obras del gran *estagirista*. Entonces, merced á la rudeza de los tiempos, los filósofos podían sin mengua admitir cual dogmas inconcusos las definiciones del maestro de Alejandro el Grande. Pero que en nuestros días, que en plena civilización, que cuando á tanta altura se halla elevada la dignidad humana, cabalmente los mismos que más exageran la independencia de la razón, degraden la razón poniéndola á los pies de un mero hombre, diciendo en 1854 lo que apenas podía decirse en 1254; que se humille el hombre *en lo humano* ignominiosamente ante la escasísima inteligencia de otro hombre, es cosa insoportable, es un anacronismo horrible, es un crimen de lesa humanidad, es romper los torrentes de luz del gas y de la electricidad y apagar el sol, si se pudiera, para darse el gusto de atravesar las calles de una populosa ciudad en las altas horas de la noche con un farolito en la mano; sin considerar, y aun negando que la ciencia moderna (no la ciencia kraussista), la ciencia humana, suprimiendo la oscuridad, con el auxilio de la química, ha logrado unir la noche con el día, haciendo que vivamos en perpétuo día, reproduciendo, en cuanto es dado al hombre, el gran prodigio de Josué.

Los kraussistas abdican su razón ante la razón de Krausse. Pronto veremos cómo quieren que toda razón, que toda filosofía sea también eclipsada por la razón limitadísima, por la nebulosa filosofía de su oráculo.

Sabemos ya cómo el kraussismo se arrastra como ciencia ante los libros de Krausse; impórtanos ahora examinar cómo desprecia en su calidad de ciencia á todos los filósofos que no han tenido la fortuna de ser kraussistas.

Empecemos copiando al citado Tiberghien:

«Descartes, dice, fijó el punto de partida científico en la conciencia, pero no analizó bien este punto. Dígame lo que se quiera, es reprehensible, por haber hecho consistir la primera verdad científica en la intuición de una propiedad del *yo*, y haberla anunciado en forma de raciocinio.» (*Ciencia del alma*, pág. 223.)

«El pensamiento de la existencia del *yo* es estéril. Descartes tuvo un punto de partida incompleto. Por esto quedaron para él... (¡para Descartes!...) cerradas las puertas de la metafísica.» (Página 224.)

«Espinoza da una definición mala (*trop étroite*) de lo finito, cuando afirma que el cuerpo no es limitado por el pensamiento, ni el pensamiento por el cuerpo.» (Pág. 262.)

«Espinoza lo confunde todo con todo, porque desprecia el análisis, y solo emplea el método sintético.» (Pág. 246.)

«Locke y Leibnitz, el uno con su sensualismo, con sus principios racionales el otro, llenaron los grandes vacíos que dejó en la ciencia la filosofía cartesiana; pero *les faltó el método*, sin el cual solo es dado forjar hipótesis. Kant destruyó con su crítica este cúmulo (el de Leibnitz y Locke) de proposiciones temerarias que embrollaban la ciencia.» (Pág. 244.)

«Kant sostiene que todos los conocimientos comienzan por la experiencia. Su teoría es falsa.» (Pág. 204.)

«El escepticismo metafísico de Kant no tiene otro objeto que poner en duda el valor objetivo del pensamiento fuera de los límites de la experiencia.» (Pág. 200.)

«Kant debe ser censurado por las concesiones que hizo al escepticismo negando al hombre las intuiciones intelectuales.» (Pág. 219.)

«Kant afirma con arbitrariedad *soberana* que en la esencia de las cosas hay algo misterioso é inaccesible á la inteligencia humana.» (Pág. 233.)

«El escepticismo de Kant descansaba en suposiciones gratuitas. Abria un abismo entre el sugeto y el objeto, entre la inteligencia y la realidad.» (Pág. 224.)

«El conocimiento primitivo es una de las intuiciones intelectuales que se habian escapado á la sagacidad de Kant, y le *tenian cerrado* el camino de la metafísica.» (Pág. 205.)

«Después de Fichte, son frecuentes los errores en la psicología alemana y francesa.» (Pág. 208.)

«Fichte se apoderó de la direccion de la filosofía en Alemania y quiso dar unidad á la ciencia, pero desenvolviendo la tendencia subjetiva de Kant logró únicamente establecer el idealismo escéptico más absoluto.» (Pág. 221.)

«El sistema de Fichte tiene vicios considerables. Si *efectuó* la unidad de la ciencia, fué con menoscabo de la realidad; si intentó construir la conciencia humana, fué de una manera algebráica, considerándola como un A en vez de estudiarla en sí misma; si por último quiso hallar un punto de partida cierto, lo confundió bien pronto con el principio absoluto, encerrándose en el más exagerado *subjetivismo*.» (Pág. 226.)

«Si los filósofos que se inspiran en las teorías de Fichte, en vez de tomar el *yo humano* por el *yo absoluto*, hubieran distinguido el punto de partida del principio de la ciencia, su doctrina hubiera sido más afortunada, porque esta confusion es el origen de sus más notables aberraciones. Resulta, en efecto, que el *yo* como principio lo es todo, lo contiene y crea todo en sí mismo, por su actividad absoluta; cada *yo individual* es Dios para sí mismo, y nada más que ilusion para todos los demás hombres; la naturaleza y el Ser Supremo, solo tienen una existencia subjetiva en nosotros. El *yo* es la única realidad. Por esto se ha dicho que la doctrina de Fichte es un *pan-egoismo*.» (Pág. 227.)

«Digno es de reprension Hegel por haber considerado la *exterioridad* como el atributo fundamental de la naturaleza.» (Pág. 265.)

«Como los sofistas de Grecia provocaron la reforma de Sócrates, la nueva filosofía de Schelling y Hegel ha dado origen al método severo de Krausse.» (Pág. 196.)

Está visto: antes de Krausse nadie vale nada. Todos los filósofos vivieron completamente equivocados; ni Descartes ni Kant pudieron entrar en *el templo* de la metafísica. Las puertas de la psicología estuvieron siempre herméticamente cerradas para ellos.

Y como todo el saber y toda la verdad se niegan á todos los filósofos, es necesario que, elevando la exageracion á su última potencia, todo el saber y toda la verdad se concedan al afortunadísimo Krausse. Los kraussistas son lógicos en este punto. Han sentado un principio absurdo, y abrazan con pasmosa franqueza hasta sus últimas y más repugnantes consecuencias. «La doctrina de Krausse es la ÚNICA que responde *completamente* á la necesidad y tendencias de la época.» (*Esquise*, prefacio, pág. vi.)

Lo dicho: Krausse lo sabe todo; los demás filósofos del mundo ni han sabido ni saben nada.—He aquí el carácter propio, la índole especial del sistema kraussista.

MIGUEL SANCHEZ.

HISTORIA MILITAR (1).

Sin pretension alguna, y guiados únicamente por el natural deseo de consagrar nuestra pluma á la narracion de hechos que dejan muy alto el nombre español, vamos á ocuparnos de la segunda campaña del duque de Dalmacia en España. Pero no lo haremos, sin explicar antes nuestra conducta, porque podria interpretarse quizá de un modo desfavorable para nosotros la circunstancia de publicar este trabajo cuando un oficial distinguido está llevando á cabo la árdua tarea de escribir la *Historia militar de la guerra de la Independencia*, por encargo especial.

En el año de 1824 el gobierno creó una seccion de historia; pero como en aquella fecha se hallaban todavía muy recientes los sucesos, y las apreciaciones que sobre ellos se hicieran no podrian llevar ese sello de imparcialidad que es la primera condicion de los trabajos históricos, no se publicó más que el primer tomo.

Menos escrupulosos algunos historiadores ingleses, y entre ellos el marqués de Londonderry y principalmente el teniente coronel Napier, se lanzaron á escribir la historia de la guerra de la Independencia, no con el plausible objeto de adjudicar á cada uno la parte de gloria que le correspondiese, distribucion en la que á fuer de imparciales debemos confesar que no le hubiera cabido poca á la Gran-Bretaña, sino con el nada laudable propósito de destigurar los hechos en beneficio de su país. Existe, no obstante, entre ambos escritores una notable diferencia: mientras que el primero desempeña hábilmente su ingrata tarea sin mostrarse implacable con los españoles, el segundo no solo trata de arrancar de nuestra historia una de sus páginas más bellas, sino que nos calumnia, rebajando el carácter nacional hasta el punto de suponer producto del fanatismo y la barbarie lo que era la manifestacion más brillante del sentimiento de amor á la independencia; de negarnos toda influencia en el éxito de la lucha, debido, segun él, á las fuerzas anglo-portuguesas, y de pretender arrebatarnos la gloria de haber sido la primera nacion que con su tenaz resistencia contrarió las ambiciosas miras del capitan del siglo. Estaba reservado á nuestros aliados el ser menos justos que el grande hombre, relegado por la generosidad inglesa á la roca inmortal de Santa Elena, que más de una vez expresó la admiracion que le habia causado el heroico esfuerzo de los hijos de España. No quedaron sin correctivo las calumniosas imputaciones del teniente coronel Napier, siendo por el contrario valientemente desmentidas por el Sr. D. José Canga Argüelles, ministro jubilado del Consejo supremo de Indias y emigrado á la sazón en Lóndres, quien, á pesar de que se hallaba en posicion poco favorable para proporcionarse los datos conducentes al restablecimiento de la verdad de los hechos, adquirió los precisos para demostrar, en sus *Observaciones sobre la Historia de la guerra de España, de los Sres. Clarke, Southey, Londonderry y Napier*, los torcidos designios de estos escritores, y muy especialmente del último.

Aquella protesta valió á su autor plácemes y enhorabuena.

(1) Para la inteligencia de la marcha general de las operaciones, objeto de estos artículos, puede servir el mapa de la provincia de Navarra publicado por el coronel Coello.

nas de personas tan respetables como el marqués de las Amarillas; pero el libro del Sr. Canga Argüelles, respondiendo perfectamente á la necesidad del momento, dejaba, sin embargo, vacíos que era preciso llenar, y esto no podía hacerse más que bajo los auspicios del gobierno. La obra de Napier no era, por otra parte, una de esas destinadas á tener una existencia efímera, y merecía bien una refutación cumplida.

El largo periodo de trastornos y convulsiones políticas por que ha atravesado nuestro país no era el más á propósito para que nadie se ocupara de trabajos que tanta tranquilidad de espíritu reclaman; y si bien el conde de Toreno legó á su patria un monumento literario en su *Historia de la guerra de la Independencia*, la índole especial de dicha obra, que de ningún modo puede llamarse *Historia militar*, le quita su importancia bajo este punto de vista. Así lo ha comprendido el gobierno, y por real orden, expedida con fecha bastante reciente, ha encomendado esta misión al Depósito de la guerra; pero como por entendidos y celosos que sean los encargados de llevarla á cabo, su terminación ha de hacerse esperar por algunos años, creemos oportuno publicar esta reseña histórica sobre la segunda campaña de Soult, no con la extensión que pudiéramos darle por los minuciosos datos que poseemos, sino sujetándonos á lo que exige la índole de la *Revista* en que escribimos:

SEGUNDA CAMPAÑA DE SOULT EN ESPAÑA.

Para comprender bien la situación de los ejércitos beligerantes al empezar la campaña que vamos á describir, es preciso que expongamos, siquiera sea á la ligera, los sucesos que la precedieron inmediatamente.

Al emprenderse por lord Wellington las operaciones en la primavera de 1813, todo se presentaba bajo favorables auspicios para el ejército aliado anglo-hispano-portugués. Engrosado con las fuerzas nacionales que habían quedado disponibles por la evacuación de la parte meridional de la península, y alentado con las victorias que había obtenido, se hallaba en mejores condiciones que el francés, en el que cundía el desaliento por una porción de circunstancias. La Fortuna, que parecía haberse declarado protectora de las armas imperiales, les volvía ya la espalda en todas partes; y el soldado, más impresionable que el de ningún otro país, pasaba con facilidad suma del entusiasmo y la confianza al desaliento y el temor. Los reveses sufridos, la desmembración de dos divisiones de dragones, la falta de reclutas, debida á la organización de los depósitos en regimientos provinciales que se enviaban á Sajonia, la retirada de la Guardia imperial veterana, llamada á Alemania por Napoleón, y el nombramiento de José Bonaparte para el mando en jefe, eran otros tantos motivos de que decayera la fuerza moral del ejército francés. En los momentos en que se necesitaba el prestigio de un nombre para levantar el espíritu del soldado y neutralizar el efecto que necesariamente había de producir la separación de más de veinte mil combatientes, se ponía al frente del ejército un hombre que no podía reemplazar al mariscal Soult.

José Bonaparte no se atrevió á oponerse al ejército aliado, que avanzaba á cortar la retirada de los franceses, y se decidió á abandonar á Madrid, marchando hasta las orillas del Ebro, en las provincias Vascongadas. Creyó, sin duda, que concentrando todo el ejército diseminado en ambas Castillas y en las provincias del Norte, podría empezar la lucha con más probabilidades de éxito; pero en cambio perdía todo el país conquistado, sin aventurar una batalla en las magníficas posiciones que le ofre-

cía el terreno, y dejaba libres los pasos de los ríos que, aun ligeramente defendidos, hubieran entorpecido la marcha de los aliados.

Por el contrario, lord Wellington, aprovechando diestramente las ventajas que su adversario le ofrecía, avanzó con rapidez desde Galicia y las fronteras de Portugal hasta las márgenes del Ebro, llegando tan inmediatamente después de aquel, que no pudo disputarle el paso del río.

Contra el dictamen de sus generales que opinaban por una retirada paralela al Ebro hasta que la unión con Suchet permitiera tomar la ofensiva, decidió José presentar batalla en las inmediaciones de Vitoria, siguiendo el consejo de su mayor general Jourdan.

No nos detendremos, porque no cumple á nuestro objeto, en la narración de la memorable jornada en que, según el dicho de escritores franceses, se decidió la suerte de la península. Baste saber que el ejército imperial, después de haber sufrido bastantes bajas, tuvo que abandonar el campo, dejando en poder del aliado su artillería, sus almacenes, y el fruto de sus rapiñas cuidadosamente reunido en Vitoria, y que no contando el rey José con reservas, y juzgando débil apoyo las plazas de San Sebastián y Pamplona para reorganizar sus desmayadas fuerzas, se decidió á pasar la frontera, atravesando los Pirineos por las principales comunicaciones entre Navarra y Francia. Con menos precipitación y más orden lo verificaron la división Foy por Guipúzcoa y la de Clausel por Aragón, quedando libres de enemigos las dos Castillas, provincias Vascongadas y Navarra, á excepción de las plazas fuertes de Santoña, San Sebastián y Pamplona.

Evacuada esta parte del territorio español, y no considerándose lord Wellington con suficientes medios para invadir el francés, colocó la mayor parte de sus fuerzas de observación en la frontera, mientras que con el resto se proponía emprender los bloqueos de las plazas de San Sebastián y Pamplona. Extendió su línea desde Roncesvalles á Irun, formando la derecha la división española de Morillo y las inglesas de Bying, sir Lovry Cole y Pieton; el centro las fuerzas del general Hill, compuestas de dos divisiones inglesas y la portuguesa del conde de Amarante, que ocupaban los pintorescos valles del Baztan; y la izquierda, que se extendía desde Vera á Irun, el cuarto ejército español al mando del general Castaños, á quien reemplazaba por enfermedad el marqués de las Amarillas. El cuartel general se situó en Hernani, y los ejércitos de Graham y conde del Abisbal se ocupaban, el primero del sitio de San Sebastián, y el segundo, compuesto de la reserva de Andalucía, del bloqueo de Pamplona.

El general inglés, que tanta actividad había demostrado al principio de esta campaña, perdió la ocasión de coronar la brillante victoria que acababa de obtener sobre su adversario, permaneciendo varios días en una inacción injustificable; pues si bien para prevenirse contra los fundados cargos que podían hacersele, dijo que sus soldados, abandonados al saqueo de las riquezas que les dejó el enemigo, se dispersaron por las montañas y al reunirse se encontraban tan cansados que no era posible exigirles ningún movimiento serio, esta razón, lejos de servirle de disculpa, le hace acreedor á fuerte censura por no haber podido dominar su ejército, quedando sujeto á la voluntad del soldado. Sin entrar á investigar las causas que motivaron esta inacción, es lo cierto que no se tomó ninguna medida en los momentos oportunos, y que la persecución se hizo con poca actividad y acierto.

Mientras los aliados estaban en movimiento para ocupar las posiciones que dejamos indicadas, los franceses se organizaban al otro lado del Pirineo y se preparaban á emprender de nuevo la campaña bajo la dirección de uno de los más hábiles generales del imperio.

Contrariado Napoleón por los referidos sucesos, y atribuyéndolos á la impericia de su hermano y mala dirección del mariscal Jourdan, separó á ambos del ejército, nombrando su lugarteniente en España, por decreto de 1.º de Julio de 1813, al mariscal Soult, duque de Dalmacia.

Llegó este desde Alemania y tomó el 12 de Julio el mando del ejército que tituló de España, estableciendo el cuartel general en San Juan de Pié de Puerto. Inmediatamente publicó una proclama en que hacia recaer sobre sus antecesores la culpa de los desastres sufridos, prometia á los soldados amplia compensacion de ellos con los triunfos que obtendrian bajo sus órdenes, y se aventuraba, para inspirarles sin duda más confianza, á decir que celebrarían el cumpleaños del emperador dentro de los muros de Vitoria.

Poco tardó en conocerse esta alocucion en el ejército aliado, pero no surtió el efecto que sin duda se esperaba al circularla, porque su estilo jactancioso contrastaba de tal modo con la situacion del ejército francés, que solo logró excitar el buen humor de los aliados.

Es cierto que el mariscal se presentaba con sobrada presuncion; pero es preciso tener en cuenta que cuando se puso al frente de las tropas se hallaban estas dominadas por el desaliento, y siendo permitido en tales circunstancias valerse de cualquier medio para reanimar su espíritu, no era el escogido por el general el menos adecuado al carácter francés.

Soult, encontrando una cooperacion inteligente y activa en todos los ramos y dependencias del ejército, logró con asombrosa rapidez reponer la artilleria con más de sesenta piezas, hacer considerable acopio de víveres y pertrechos de guerra, y organizar sus fuerzas compuestas de unos sesenta mil hombres en nueve divisiones, con las que formó tres cuerpos de ejército mandados por los generales Drouet conde de Erlon, Clausel y Reille, una reserva á las órdenes de Villate, y dos divisiones de caballeria de linea y una ligera, á cuyo frente estaban los generales Tilly, Treillard y Soult (hermano del mariscal).

Así, gracias á las condiciones del nuevo general y á la buena administracion del ejército, estaban en disposicion de entrar nuevamente en campaña las destrozadas huestes que con José Bonaparte habian pasado la frontera (1).

Únicamente la reserva se componia de tropas de refresco, bisoñas é italianas en su mayor parte. El soldado francés, mandado por un general que hablaba en susproclamas el altanero lenguaje de quien se halla acostumbrado á triunfar, y les prometia laureles, reanimado al pisar el suelo de su patria despues de las penalidades sufridas en el de España, que aunque hospitalario y generoso, no podia serlo para los que trataban de arrebatárle su honra por todos los medios, sin exceptuar el engaño, la hipocresía y la traicion, estaba ardiendo en deseos de combatir, y solo esperaba la voz de mando. El ejército se extendia desde San Juan de Luz hasta un poco más al E. de San Juan de Pié de Puerto.

Excusado es encarecer la importancia de una buena administracion en los ejércitos, porque debiendo proveer á todas las necesidades del soldado, de ella depende que aquellos estén en disposicion de moverse y combatir. Desgraciadamente la del español se hallaba en un estado de desorganizacion completa, sin almacenes, sin trasportes, sin recursos de ninguna especie por la penuria del erario, y falta de empleados activos é inteligentes, y esta situacion reducía á nuestro ejército casi á la inmovilidad, por las dificultades que se suscitaban hasta en la marcha más corta. La del inglés, si bien se hallaba mejor montada que la nuestra, distaba mucho de ser un modelo, y carecia sobre todo de la eficaz ayuda que con razon debia prometerse de los empleados de la nuestra mientras se operase en España.

Si á pesar de esto los aliados habian estado en la anterior campaña en constante movimiento, se debió á que siendo la

guerra que se hacia eminentemente nacional, facilitaban los pueblos los recursos que debiera haber suministrado la administracion (1).

El ejército aliado no era inferior al francés únicamente en la parte administrativa; tambien lo era en organizacion y disciplina. En esta última ejercia un fatal influjo la circunstancia de hallarse compuesto de fuerzas de tres naciones, entre las cuales no siempre existia la armonía y espíritu de obediencia que son la base de aquella. Por otra parte, lord Wellington contribuyó á su relajacion, no acertando á contener al soldado inglés, cuyos actos de vandalismo dejaron en toda la peninsula una huella de destruccion y un recuerdo indeleble. Á pesar de que los franceses aun como enemigos observaron una conducta bien poco digna de imitarse, comparada con la de los ingleses casi merecia elogio, y solo así se explica que los que habian venido á derramar su sangre en defensa de nuestra independencia, aunque no fuera este el único móvil que les impulsara, llegasen á inspirar tales recelos, que personas de mucho valer, y entre ellas los generales Cuesta y conde del Abisbal, tomaran muy á mal el nombramiento de lord Wellington para el cargo de generalísimo. Acaso podrá verse en la oposicion de estos el grito del orgullo herido, y no la expresion de una conviccion profunda de la inconveniencia de tal medida; pero como los hechos vinieron á justificar sus previsiones, no hay una razon para dudar de la nobleza y rectitud de sus miras.

Nosotros no tenemos interés alguno en rebajar la brillante reputacion militar del general inglés; hubiéramos dado al olvido el capitulo de cargos contra él, porque en pechos españoles nunca se extingue la deuda de gratitud; pero ya que escritores ingleses nos han precedido en el camino de las recriminaciones, el decoro nacional exige que digamos la verdad sin acritud, pero tambien sin ambages. Y nótese bien que ahora y siempre procuramos templar el rigor de las consecuencias que se desprenden de los hechos, buscando la explicacion más plausible ó menos depresiva para los que han desenvainado su espada en defensa de nuestro país. Si el teniente coronel Napier hubiera sido español no habria dicho que lord Wellington no supo, sino que no quiso contener al soldado; hubiera supuesto que obraba por inspiracion superior, y que Inglaterra se proponia conseguir dos objetos: quebrantar el poder de Napoleón en un nuevo campo de batalla, valiéndose de los esfuerzos de un pueblo heroico, y consumir á la vez la ruina de este, haciendo como aliada lo que no le hubiera sido posible ejecutar como enemiga. Entiéndase bien que todo esto es hipotético; que lo hubiera dicho Napier si hubiera sido español, sin tener la nobleza de los hijos de España; pero que no lo decimos nosotros, porque no acostumbramos á sentar proposiciones tan graves sin irrecusables medios de prueba.

(Se continuará.)

G. JIMENEZ PALACIOS.—J. MANSO DE ZÚÑIGA.

(1) Como prueba de la opinion que hemos emitido respecto á la administracion militar francesa, debemos citar una obra de sumo mérito que la diputacion de Navarra ha adquirido, procedente de la venta de libros de la testamentaria del general Abbé, y que consiste en la coleccion de todos los documentos originales de la administracion civil y militar durante el reinado de José Bonaparte en España, obra llena de importantes y numerosos datos estadísticos que sobre esta nacion recogieron los franceses en corto tiempo.

(1) El conde de Clonard, hablando de la organizacion del ejército de reserva de Andalucía, dice así: «Repartiése á los cuerpos de orden del general el nuevo vestuario, procedente de Inglaterra; pero como sus prendas, aunque construidas, tenían grandes dimensiones, y por lo tanto, no podian servir á nuestros soldados sin reformarse antes, y tampoco habia medios para llevarlo á efecto, el general en jefe dispuso que se entregaran á los capitanes, y que estos excitaran el patriotismo de las poblaciones para que la operacion se hiciese sin coste del erario. No se engañó el conde en esta resolucion, y en muy breves dias los batallones y escuadrones formaron en gran parada lujosamente equipados. En cuanto á mí, que por enfermedad del capitan de la compañía, D. Dionisio Mazuelo, estaba encargado de ella, recurri á una de las comunidades religiosas de Sevilla, y á la voz de la patria, y con un júbilo angelical, aquellas virtuosas mujeres vistieron primorosamente á mis pobres cazadores. Pero nuestros medios de subsistencia, especialmente los de jefes y oficiales, escaseaban, pues desde el mes de Diciembre de 1812 no se nos habia dado un real, y hubo subalterno que se alimentaba con solo sopa.» Pudiéramos aducir numerosos documentos de personas importantes y verídicas, pero basta lo dicho en comprobacion de nuestro aserto.

BIBLIOGRAFIA.

Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina. Comprende varios rasgos festivos de GUTIERRE DE CETINA, CERVANTES, CRISTÓBAL DE CHAVES y QUEVEDO, en su mayor parte no publicados. — Interesante carta de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, del año de 1606, inédita. Otro opúsculo suyo desconocido. Copia de la novela de *La tía fingida*, con honores de original. — Algunos datos curiosos para ilustrar el *Quijote*.

A LOS SRES. D. MANUEL REMON ZARCO DEL VALLE Y D. JOSE SANCHE RAYON.

ARTÍCULO 2.º

Si estando Cervantes en quieta y pacífica posesión de su novela *El curioso impertinente*, sin contradicción ninguna desde casi dos siglos, pretendió el escolapió del Avapiés (Estala) arrebatarla en 1787, llamándole plagario y robador; si habiendo dicho el Príncipe de nuestros ingenios, en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, que «eran suyas, propias, no imitadas ni hurtadas, que su ingenio las engendró y las parió su pluma,» hubo quien tuviese bastante arrojo en 1788 para sostener que no lo eran *El celoso extremeño* ni *Rinconete y Cortadillo*, ultrajando así desalentadamente á quien fué todo honradez y veracidad, ¿qué extraño que los impresores de Barcelona, en 1855, intentaran despojarle también de *La tía fingida*, impresa en el siglo actual y por agena copia que no expresaba nombre de autor?

Las cavilaciones y sofismas de Estala, del secretario de la Academia de San Fernando D. Isidoro Bossarte y de los editores catalanes se desvanecieron pronto, merced á los satíricos dardos, á los eficacísimos argumentos de hecho y de derecho, y á las razones de fina crítica hábilmente disparados y expuestas por D. Tomás Antonio Sanchez, D. Juan Antonio Pellicer, bibliotecarios de S. M., y D. Bartolomé José Gallardo.

De ver anónimas en el códice del licenciado Porras de la Cámara las novelas de *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño* y *La tía fingida*, Bossarte ilógicamente dedujo que Porras de la Cámara las compuso todas tres; sin reparar en la epístola con que el racionero dirige su compilación al arzobispo Niño de Guevara, donde afirma que «hacia plato á su buen gusto con cosas ajenas, por no contentarse de las propias.» Hallando juntas las tres novelas, de un mismo genio é ingenio, de una misma índole, de un mismo estilo y frase, lo racional y lógico hubiera sido descubrir, como descubrió Arrieta en *La tía fingida*, una obra desconocida de Cervantes. «Las de los grandes artistas (dice perfectamente Gallardo), para ser reconocidas por suyas, no han menester la vulgar diligencia de ir marcadas con su nombre: se lee tan claro este, como en las letras, en los rasgos de la pluma. Un buen retrato sin el nombre, solamente será desconocido á quien no conozca el original. Basta tener ojos en la cara para reconocer la mano del gran pintor de la naturaleza en el rasgo más descuidado de su pincel vivaz: para acreditar que Cervantes hizo este ó aquel cuadro no se necesita que tenga en un rincón el *Cervantes fecit*.»

Yo lo creo así también, pareciéndome que la prueba mayor de ser de Cervantes la *Carta á D. Diego de Astudillo*, es la carta misma. Quien se halle familiarizado con los varios escritos del inmortal autor del *Quijote* y sepa seguirle el genio, distinguirá los rasgos de su pluma en cuanto fije en ellos la vista. Así tan pronto reconocerá un cuadro suyo

de artificio como un bosquejo improvisado, una esmerada y estudiada epístola como una carta familiar, unas ligeras poesías como un memorial oficinesco.

En el arte de retratar los personajes, en la novedad y encanto al describir galas, vestidos y muebles, en fuerza para trasladar al lector á sitios y lugares, de suerte que parezca que los está viendo sin el menor cansancio ni fatiga, nadie aventajó á Cervantes. El feliz uso de las elipsis, la mayor propiedad y gracia en los epítetos, las pinceladas discretamente maliciosas y las sazonadas burlas, sin producir desabrimiento ni escándalo, sin caer en bajas é indignas chocarrerías, fueron exclusivos dotes de su pluma. Muchos de estos encuentro yo en la *Carta*, y los han encontrado conmigo personas de la más delicada crítica.

Ofrezcamos ya á los lectores el texto fiel de esta composición, poniendo al pié, por vía de comentario, algunas breves notas que no me parecen fuera de propósito. Debo antes advertir que de los trece opúsculos contenidos en el códice colombino, solo cuatro llevan nombre de autor; y que de los anónimos consta evidentemente pertenecer cuatro á Quevedo y uno á Gutierre de Cetina. De los que restan no se puede dudar, á mi juicio, ser de la pluma de Cervantes la novela de *La tía fingida*, la *Carta á D. Diego*, y la *Tercera parte de las cosas de la cárcel de Sevilla, añadida á la que hizo Cristóbal de Chaves*, poco después del año de 1595; y tal vez no sea coincidencia casual que entre los tres rasgos de Cervantes aparezca interpuesto uno de Cetina y otro de Quevedo, todos cinco sin nombre de autor.

Hé aquí la

CARTA Á DON DIEGO DE ASTUDILLO CARRILLO EN QUE SE LE DA CUENTA DE LA FIESTA DE SAN JUAN DE ALFARACHE EL DIA DE SANT LAUREANO.

Conozco que soy deudor de una palabra que os di, y trato de cumplirla ahora; que ya que es forzoso ser esta paga en mala moneda, porque corre así la de mi caudal, quiero á lo menos ser puntual, tanto en no perder ocasión como en referir fiel y legalmente la fiesta de Aznalfarache el día de San Laureano, donde (como sabeis) se determinó celebrar con un torneo, comedia y

En referir fiel y legalmente. Frase muy del gusto de Cervantes, como se ve todas las veces que á Sancho Panza llama escudero fiel y legal.

Se determinó celebrar con un torneo. Torneo de á pié se le dice en el párrafo siguiente, para manifestar que era de jovial pasatiempo y ridícula invención. Es el torneo un bizarro combate á caballo, en lugar cercado, entre personas partidas en bandos y cuadrillas, que sangrientamente batallan y se hieren, caracoleando y revolviéndose en torno para perseguir cada cual á su adversario. Siendo el torneo de esencia andantesca, los actores de la fiesta de Alfaraque tuvieron que aderezarlo con aventuras de los libros de caballerías representadas al vivo, solazándose en 1606 y en burlas con lo mismo que dos años antes; á 18 de Julio de 1604 y en veras, Cervantes habia presenciado en Valladolid, corte á la sazón de España. Delante del palacio real, á presencia de SS. MM., de los consejos, embajadores y criados de casa, el príncipe de Piemonte mantuvo el estafermo ó fauquín, ayudándole el marqués de Este. Los señores de la corte de Felipe III, entre ellos el comendador de Montesa, el correo mayor, los condes de Lemos y Salinas y el duque de Alba, justaron como aventureros en el torneo. Los premios se dieron al mejor hombre de armas, al de la lanza de las damas, al más galán, al de la mejor invención y al de la folla. Entró el príncipe del Piemonte precedido del fauquín, seis trompetas, doce pajes armados á la antigua, y un enano por escudero. Salió también Rabelo, truhan del rey, en traje de médico y ostentando la borla de doctor. Hubo máscara de cien dueñas en sendas mulas de alquiler, escoltadas por sábios y hombres de todos los oficios, haciendo gala cada cual de su profesión en mores y letras poéticas. Á ningún caballero

otros juegos la transferida festividad de Santa Leocadia; y deciros los muchos hermanos y devotos desta cofradía que, cuales de luz y cuales de sangre, se hallaron allí y ayudaron á este piadoso intento. Y no referiré, pues lo sabeis cómo todo esto tuvo fundamento y principio en el ingenio y valor de *D. Diego Jimenez*, hermano mayor desta hermandad, que firmando el cartel de desafío dió ocasion á que diversos aventureros hiciesen lo mismo; pero no todos los que firmaban se admitían, no habiendo sido de los del primer viaje. Y así las causas que dieron los nuevamente recibidos en este, para serlo, fueron las siguientes.

El primero que las exhibió ante el *Presidente* fué *Cipriano de la Cerda*, diciendo que él era tan caballero y de tanto valor y ánimo, que sustentaba sus caballos con más regalo que los de su caballeriza el mismo Rey, como constaba de uno que al presente tenía, de que haría presentación en caso necesario, el cual en muchos días no había comido otra cosa sino es miel rosada; y que esto le habilitaba para ser admitido al torneo, pues semejantes cuidados nunca suceden sino es á personas muy ejercitadas en semejante acto de tornear. Dudóse mucho si por ser torneo de á pié se podía recibir persona que forzosamente hubiese de andar á caballo; pero la palabra que dió de hacer lo posible por no lo estar para entonces, fué causa de ser admitido con las ceremonias ordinarias y el ordinario juramento.

Para firmar el cartel del mantenedor pidió *Lorenzo de Medina* la licencia al *Presidente* y la pluma al *Secretario*, dando solo por causa que quería tornear y que en año tan estéril de torneantes no era menester más razon que esta. Fue tenido por caballero determinado, y firmó el cartel, dando prendas para el cumplimiento de su palabra, aunque sola ella era bastante.

El *Licenciado Gayoso* hizo presentación de su persona, protestando hacerla en el torneo de una buena invencion, y así pidió ser admitido á él; y en cuanto al ser benemérito, dijo que él es de tres años á esta parte devoto de una monja, y que quien ha tenido paciencia para llevar esto, es cierto que la tendrá para sufrir los golpes de un mantenedor diestro y la sentencia de un juez ignorante. Fué admitido con cargo de llevar esto último muy en la memoria, porque se tenían grandes esperanzas de que

faltó empresa en el escudo ni dama á quien rendir los premios de su valor. Obtuvo los el príncipe Victor de Saboya y el conde de Gelves, que los ofrecieron á doña Luisa Manrique; el conde de Mayalde y duque de Alba, que los presentaron á la ilustre doña Catalina de la Cerda; y el príncipe Filiberto de Saboya, que á los piés de una dama de la reina puso el suyo con singular gallardía.

Á no dudar, los aventureros de San Juan de Alfarache tomaron por modelo, á indicacion de Cervantes, en orden y disposicion de la fiesta y en los premios, el torneo de Valladolid de 1601.

La transferida festividad de Santa Leocadia. Parece que este día de campo debió de haber tenido lugar el 26 de Abril, en que celebra la Iglesia la traslacion del cuerpo de Santa Leocadia, virgen y mártir, á Toledo, verificada el año de 1587 desde el monasterio de San Gisleen en Flandes.

Cuales de luz y cuales de sangre. Ya se ha dicho que esta hermandad literaria se componia de personas de diversas edades y de clases más ó menos acomodadas, las unas distinguiéndose por la claridad de su ingenio amante de las letras y esparcimientos del espíritu, y las otras por la viveza corporal y aficion á solazarse con juegos de brega y alboroto. La metáfora, pues, está fielmente tomada de las cofradías religiosas, donde los hermanos de luz tenían la obligacion del alumbrado, y los de sangre, la de mortificar el cuerpo con cilicios y crueles azotes.

D. Diego Jimenez. D. Diego Jimenez de Enciso y Zúñiga, hijo del jurado Diego Jimenez de Enciso, nació por Agosto de 1585; en 1617 era ya veinticuatro de Sevilla; en 1623 caballero del hábito de Santiago y teniente de los reales alcázares por D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, alcaide propietario de ellos. En 1620 le calificó de *Teniente Sevillano* el autor del *Panegyrico por la Poesia*.

En este día de gira en Alfarache contaba apenas 21 años de edad.

Ante el Presidente. Lo fué y autorizó la fiesta el veinticuatro de Sevilla Diego de Colindres.

Sustentaba sus caballos. Tumores ó apostemas, de malos males.

se ofrecerian muchas ocasiones para hacer experiencia dello.

Juan Ochoa Ibañez firmó tambien el cartel, declarándose por torneante, y declarándole *D. Diego Jimenez* por su *ayudante* en el torneo. No hubo más causas para esto que quererlo así el mantenedor; y supuesto que era cosa que corría por su cuenta, mandó el *Presidente* que no se tratase de más averiguacion, sino que fuese admitido con sus tachas malas y buenas.

D. Diego de la Hoz tambien pidió ser admitido para tornear, alegando que aunque no lo había hecho en su vida, al menos había con ayuda de vecinos compuesto un *Soneto de Proserpina*, cuyo fin es

¿Ramon es este? Vuélvome al infierno.

Junta con esta desgracia hizo muestra de otras gracias; y en fin, prometiendo ensayarse en el tornear mejor que lo estaba en ellas, fue recibido y firmó el cartel.

D. Diego de Castro, picado de haber sido juez en el *Certámen de San Antonio de Lisboa*, pidió se le permitiese usar el mismo oficio en el torneo y que no le obligasen á salir en él, prometiendo seis pares de guantes para premios de los que torcasen. Remitióse á la consulta; y salió della que, supuesto que había de ser tan mal torneante como *Juez*, y que de lo primero solo podía resultar enfado, y de lo segundo se sacaban guantes, se le admitiese como pedia: no obstante que se opuso *Juan Ruiz de Alarcon*, nuestro *Fiscal*, diciendo que aquellos guantes eran resultados de los premios del Certámen de Sancto Antonio, y que así no podían ni debían admitirse, ya que por permission del Santo ó por cuidado de algun pecador no fueron á nadie de provecho los dichos guantes, aunque se repartieron por premios; pues me certifican que los pares que se dieron, ó eran entrambos de la mano derecha ó de la izquierda: justo castigo de aplicar á cosa profana lo sisado á lo divino. En fin, fué admitido con tal condicion, que porque constase de su atrevimiento en pretender tan grande oficio, llevase á la fiesta unas tan malas calzas que á cualquiera que las mirase se le quitase el deseo de ser juez de torneos para siempre jamás, por no encontrar junto un oficio tan bueno con otras calzas tan malas.

Firmaron tambien el cartel *Juan Ruiz de Alarcon*, *Fernando de Castro*, *Juan Antonio de Ulloa* y *Roque de Herrera*, sin hacer

Juan de Ochoa Ibañez. Suya es la comedia del *Vencedor vencido*. Fué amigo de Cervantes, y de él muy elogiado siempre. Mayans le confundió con el autor de *La Carolea*. En el anterior artículo se dan más noticias de Ochoa.

D. Diego de la Hoz. Ya he manifestado que le tengo por de la casa de D. Francisco Arias de Bobadilla conde de Puñonrostro, asistente que fué de Sevilla desde 1567 hasta 1599.

Éralo cuando la fiesta de San Juan de Alfarache el señor del Castriello, D. Bernardino de Avellaneda.

Juan Ruiz de Alarcon. En el año de 1620 le llamó «crédito de Méjico» D. Fernando de Vera y Mendoza, cuarto hermano del famoso conde de la Roca: véase el raro libro que dió á la estampa en Montilla con título de *Panegyrico por la Poesia*.

Nació Alarcon en Méjico. En aquella universidad hizo la mayor parte de sus estudios: vino á España cuando concluía el siglo XVI; fué bachiller en cánones por Salamanca el año de 1600, y en leyes el de 1602; allí continuaba su carrera siendo pasante de leyes en 1605; dos años despues abogaba en Sevilla con fama; y en Méjico se hizo licenciado á 21 de Febrero de 1609.

Veinte y cinco dias despues de este de campo de San Juan de Alfarache, encontrábase ya en Salamanca, segun resulta de los libros universitarios. Es probable que á la sazón contase como 22 años de edad.

Fernando de Castro. Hernando de Castro Espinosa fué presentado por Alarcon en la universidad de Méjico, á 18 de Febrero de 1609, como testigo en su proceso para recibir la licenciatura en leyes. Dijo que hubo de conocerle tres años antes en la ciudad de Sevilla, donde le vió abogar y tener mucho nombre y opinion. Dato importantísimo, pues con los demás que ofrece la presente carta, es evidente que se escribió el año de 1606.

muestra de causas, por haberla ya hecho en el *primer viaje que se hizo á esta Insula*, como vistes en el proceso y relacion dél.

Otras personas se admitieron para *padrinos, ayudantes y vestuarios*, cuyos nombres no referiré procurando la brevedad. Con cuyo presupuesto digo que despues de esto se ordenó que el *mantenedor* fuese la vispera de la fiesta á prevenir sitio y á fijar su cartel para mayor justificacion de la verdad que sustentaba. Y porque el camino es enfadoso siempre, mandó el *Presidente* que se diesen algunos sujetos sobre los cuales las personas de nuestro torneo y sus ayudantes compusiesen versos, con cuya letura se engañase el desco de llegar y el calor del tiempo; y que esto fuese comun á todos los que cupiese la suerte, sin reparar en que caiga en ingenios hábiles adquiridos, donados motilones, novicios traineles, impertinentes mirones, y principiantes, pues no se reiria menos lo malo que se solenizaria lo bueno. Hizose así, y mandóse despues de esto que todos madrugasen mucho y se juntasen en el pasaje donde habian de estar prevenidos los barcos. Con estas órdenes y algunas otras desórdenes anocheció el lunes, y cada caballero se recogió, unos á componer sus armas y otros sus versos; y á cual lució más este trabajo oireis despues, porque ahora me llaman á cenar.

Apenas el sol empezaba á abrir sus ventanas, y la trasnochada doncella á cerrar las suyas, y apenas el lacayo de Apolo empezaba á prevenir los caballos para el coche de su amo, dando ejemplo á que los gallegos del suelo hiciesen lo mismo, cuando *Alonso de Camino*, repostero de la fiesta, en un espacioso rocín y en un sosegado jumento cargó un arca y dos cofines, vasija del matalotage de nuestros estómagos; y caminando á lento paso al rio, halló á la orilla dél á algunos amigos. Y despues de haberse juntado el resto de los demás, dejando todos depositado el juicio con las ceremonias acostumbradas, de esta parte de Sevilla, y orden expresa que ningun arraez fuese osado de le pasar de la otra parte del rio, nos entregamos á él en diversos barcos, todos cubiertos con anchos toldos, y pocos adornados con verdes ramos y juncia: que fué de mucha consideracion para quien conoce lo poco que deste género se puede fiar á algunos de los que pisaron sus plan-

Primer viaje que se hizo á esta insula. Aquí se desemboza el genio de Cervantes llamando insula á San Juan de Alfarache, pueblo ribereño que dista algo de la orilla del Guadalquivir y algunas leguas de las islas Mayor y Menor. Tal circunstancia importa para discurrir sobre la situacion de la insula Barataria.

El primer dia de campo que la cofradia tuvo, debió ser á últimos de Marzo ó principios de Abril de 1606.

Como vistes en el proceso y relacion dél. Es indudable que de ambos alegres viajes fué uno mismo el cronista. En vano ha sido mi diligencia para hallar la primera relacion, que sospecho estaria incluida en el códice del racionero Porras de la Cámara, segun lo que de él nos dice Pellicer á la página 139 de su *Vida de Miguel de Cervantes*.

El calor del tiempo. Como que se contaban 4 dias andados de Julio de 1606.

Sin reparar en que caiga en ingenios hábiles adquiridos, donados motilones. El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch halla aquí error del copiante por no haber entendido el original, y le enmienda de este modo: «sin reparar en que *cayera* en ingenios *noveles advenedizos*, donados motilones.

Cada caballero se recogió. Esta frase recuerda aquella del capitulo XIII de la segunda parte de *Don Quijote*: «Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas y aquellos sus amores.»

Apenas el sol. Reminiscencia de la descripcion que Cervantes hizo de la primera salida de D. Quijote.

En un espacioso rocín y en un sosegado jumento. Con mucha oportunidad observa el Sr. Hartzenbusch que «no puede uno menos de recordar á Rocinante y el rucio» en las dos caballerías oficiales de la fiesta.

Lo poco que de este género (de verde) se puede fiar á algunos de los que pisaron sus planchas (las de los barcos).—Lo poco que del verde se podía fiar á los varios asnos con humana apariencia, que iban de vacío en la rueda de hidalgos, soldados, poetas y estudiantes.

chas, y se verifica la opinion de los que dicen que puede haber arraezes profetas. En fin, ya que no nos fiaron el verde, fiaronnos el dinero del concierto de los barcos; que no sé cuál fué mayor, la discrecion de temer el malogramiento de sus juncias, ó el disparate de fiar dineros á poetas y estudiantes. Fuese lo uno por lo otro: y nosotros con próspero tiempo nos alejamos de la torre del Oro; digo de la torre, que del oro ya vos sabeis cuánto há que estamos lejos. Y como no todo puede suceder como se desca, sabed que los versos que se habian mandado hacer para entretener el viaje, no se lograron en él; porque como iban á San Juan tantos barcos, en llegando cada caballero al rio, se metia con el lio de sus armas en el primero que hallaba de partida, y la embarcacion del último nos tocó al resto de los amigos más perezosos. Pero no faltó en qué pasar el tiempo, pues hubo más de dos torneantes en mi rancho que no llevaban versos para la entrada del torneo, y más de tres padrinos que tambien procuraron prosa para persuadir á los jueces la anticipada justa de sus ahijados. Con esto y con algunas glosas tan malas como de repente y otros versos peores que de pensado, descubrimos el puerto tan deseado, por el sol que ya picaba, cuanto por la comida que corria riesgo de que la picase el calor. Sacóse á tierra el bagaje; y sirviendo de carros los hombros de algunos prevenidos fámulos, comenzaron á caminar nuestros caballeros, sin irlo ninguno, con haber en la rueda algunos asnos de vacío.

Llegamos pues con la repostería, y descubrimos la casa de nuestro hospedaje por las señas que se hallan las tabernas, porque nuestro *mantenedor* adornó de manera la puerta de ramos, que puede callar la mañana de San Juan; y de suerte hinchó el suelo de espadañas, que mal año para las bodas de las aldeas; y adornó de manera las paredes de doseles, que podian competir con los evangelistas. Habia tambien fijado el cartel junto á su tienda encima de un luciente escudo de fino metal, y á otro lado puesto el asiento de los *jueces*, formado de mucha diversidad de bancos, tarimas y alfombras; y junto á él una mesa y silla, lugar señalado para el *Secretario*. Demás desto habia tantos caballeros de Sevilla y tantas damas, que se tuvo por cierto que, recelosos de que no pareciese bien, dudaron nuestros amigos de hacer el torneo, porque su intento fué siempre hacerle á solas; y aunque las invenciones eran tan buenas, cuanto despues lo parecieron al gusto dellos, es de manera que todo les parecia poco. Y fué tan cierto y tan público este pensamiento, que llegó á oídos de los deseosos de ver nuestra fiesta; y con cuidado de que tuviese efecto, enviaron con un criado el siguiente soneto, que la fama publicó ser in-sólidum de *D. Francisco de Calatayud*; aunque lo cierto es que se hizo como el credo

Poetas y estudiantes. Como Cervantes, Ochoa y Enciso; como Hernando de Castro y Ruiz de Alarcon.

Del oro... estamos lejos. Vuelve á recordar Cervantes, como al principio de la carta, su pobreza.

Hubo más de dos torneantes en mi rancho que no llevan versos—«Que llevaban versos» enmienda el Sr. Hartzenbusch. Respetando tan autorizado voto, creo, sin embargo, que la circunstancia de ir algunos torneantes sin versos, cuando lo contrario estaba mandado, y tener que improvisarlos en el camino, fué causa de que no faltase en qué pasar el tiempo.

Para persuadir á los jueces la anticipada justa de sus ahijados. «La anticipada justicia de sus ahijados» corrige bien el Sr. Hartzenbusch.

El sol que ya picaba. En todo este párrafo se muestra clarísima la pluma que dió vida al *Quijote*.

Luciente escudo de fino metal. Frase cervántica.

D. Francisco de Calatayud. Natural de Sevilla, militar y poeta, de quien cantó Cervantes en el *Viaje del Parnaso*:

«Y estotro que euamora

Las almas con sus versos regalados

Cuando de amor ternezas canta ó llora,

Es uno que valdrá por mil soldados

Cuando á la extraña y nunca vista empresa

Fueren los escogidos y llamados.

Digo que es *Don Francisco*, el que profesa

Las armas y las letras, con tal nombre,

entre catorce que fueron los convidados justamente del veinte y cuatro *Diego de Colindres*, á pié por barba. Decía así:

No es bien que el bien mayor que tiene el cielo,
que se os dió para ser comunicao,
cuando ha de ser de todos celebrado,
cubriendo, le cubrais la luz al suelo.

Veamos remontar el sacro vuelo
al monte de las musas coronado,
donde, como es razon, será premiaáo
del rubio dios señor de Delfo y Delo.

Admita vuestra culta compañía
la humilde, que ha venido á celebraros
en los brazos del Betis caudaloso.

Gocemos todos tan dichoso día,
que en las memorias prometemos daros
más fama que dió á Rodas el Ccioso.

A este soneto se le respondió con el siguiente:

Si la humildad es bien mayor del cielo,
el torneo será comunicado
á vuestra discrecion, y celebrado
de vuestras lenguas, gloria deste suelo.

Pues si faltare á nuestro humilde vuelo
valor digno de ser hoy coronado,
con verlo vos será muy más premiado
que con el árbol del señor de Delo.

Honre vuestra dichosa compañía
la humilde nuestra, pues venís á holgaros,
en los brazos del Betis caudaloso,

Á San Juan de Alfarache, que este día
con gloria tal más gloria piensa daros
que aras le rindió Rodas al Ccioso.

Todo esto estaba mirando y oyendo el pobre del *despensero*, en tanto que por estar ocupadas todas las cocinas del lugar, no halló ninguna donde poner las ollas de la comunidad ni las cazuelas de la particularidad. Y despues de haber dado diversos arbitrios, viendo que el calor entraba, aunque no tan apriesa que bastase á suplir la falta de la lumbre necesaria para los guisados, ni tan de espacio que no hiciese harto daño á lo poco que habia que guisar, eligió un camino carretero, que fué hacer de todo una olla podrida; título justo y atributo muy propio de la olla deste día, así por la diversidad de las cosas que le echaron dentro, como porque algunas dellas eran de manera que pudiera ser la dicha olla la primera deste nombre de podrida; y más, que aun no fuimos tan venturosos que callásemos olla desocupada en todo el lugar. Y así fué caldera la que remedió esta falta, y aun no faltó quien dijo que más parecia arca, segun la diversidad de animales que habia dentro. Pero esto no se admitió, porque con haber tantos en aquella casa, no la mudaban el nombre y el parecer; y así tampoco era justo se le mudasen á la caldera. En ella en fin se metió toda la comida, y tuvimos á buena suerte que hubiese donde cocerlo, para no obligarnos á seguir el estilo de los indios, segun nuestra hambre: tal fué la penuria de cocinas y la falta de leña que aquel día se experimentó.

Que por su igual Apolo le confiesa;

Es de *Calatayud* su sobrenombre:

Con esto queda dicho todo cuanto

Puedo decir con que á la invidia asombre.»

Catorce convidados. Distintos de los diez y nueve cofrades de luz y sangre que habian de animar la fiesta: total treinta y tres personas para el almuerzo y comida.

Olla podrida. Bien provista de aves, piés de puerco, chorizos y demás aditamentos de sustancia y regalo. En el capítulo XLVII de la segunda parte del *Quijote*, dice Sancho viendo la opípara mesa que en su gobierno le pusieron, y en que habia de hacer el papel de Tántalo: «Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna cosa que me sea de gusto y de provecho.—*Absit*, dijo el médico: allá las ollas podridas para los canónigos ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorcas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura.»

Que aquel día se experimentó. Esta frase da á entender que no se escribió la *Carta* al siguiente de la fiesta de Alfarache.

Conforme esto, considere el discreto lector cuál seria la comida; y discurra de la suerte que quisiere, que por mucho mala que la considere no cargará su conciencia; verdad es que se suplió con dárnosla presto, pues á las dos del día ya nos decian que la caldera habia dado el primer herbor. En fin, en tanto que llegaba su hora, á cosa de las diez nos desayunamos con un poco de jamon, anuncio de los conejos que despues comimos. Y para que estos males no viniesen solos, no sé á quién se le antojó decir que pues que la comida estaba tan atrasada y tan adelantada la hambre, la divirtiésemos con referirse los versos encomendados, mandando admitirlos todos, así malos como buenos, y que el *Secretario* los leyese por la órden que los tenia puestos por auto: lo cual se hizo de esta manera.

Á *Juan Antonio de Ulloa* le cupo en suerte alabar á los que hablan mucho y mal, en cuatro quintillas; y saliéndose luego de la sala con este cuidado, encontró con *Roque de Herrera* y le dijo, encomendándole el secreto: «Hermano, ¿qué son quintillas?» De aquí se infiere que las que ahora dió para que se leyesen no eran suyas, aunque la fuerza del sujeto hace hablar á las piedras. Y así, considerando este caballero que alabando á los que hablan mucho y mal se alababa á sí propio, ya que no las hizo, á lo menos puso el papel siguiente cerrado en manos del *Secretario*, el cual vió que tenia un título que decia así:

Quintillas de *Juan Antonio*,
de quien se tiene conceto
que solo imita su objeto:
lo demás es testimonio.

Rióse esta voluntaria confision en tanto que, habiendo abierto el papel, se prosiguió así:

Es el hablar prueba clara
de la ignorancia ó saber;
y las palabras son jara
á veces, para ofender
al que á escuchallas se para.

Ofende el hombre imperfecto
mil buenos, cuando está hablando,
y el sabio guarda secreto;
y así dicen que, callando,
el necio se hace discreto.

Calle, pues, el más sutil
cuando el grosero provoque
su entendimiento cerril,
y calle el amigo Roque
que es en esta ciencia arfil.

Callemos todos, señores,
pues Dios nos manda callar
como los frailes menores;
y pues nos vamos á holgar,
no es bueno ser habladores.

Diéronse estas coplas por conformes en su mal lenguaje, aunque muy disconformes segun el sujeto que se le dió. Fué condenado su fingido autor á que toda su vida imitase lo que no habia alabado; y apelando deste auto, replicó el *Fiscal* que esta sentencia misma, dada en otro tribunal, há muchos días que la consintió el dicho reo, y que así en él está pasada en cosa juzgada, y no se le debe admitir apelacion. Hallóse ser así, y todos dijeron: «Lo proveído.»

Juan Bautista de Espinosa, más por cumplir, segun dijo, el mandato del *Presidente*, que por pensar de sí otra ninguna cosa, fuera de lo que todos esperábamos y lo que despues pareció,

Tan adelantada la hambre. Cervantismo.

A los que hablan mucho y mal. Este mismo asunto le desempeñó de perlas Cervantes en el entremés famoso de *Los dos habladores*.

Su fingido autor. Ulloa no era poeta, como ni Juan de Espinosa, ni el licenciado Gayoso, ni Lorenzo de Medina, los cuales salieron del apuro, socorriéndose y remediándose como pudieron, endiabladamente.

Há muchos días. Cayendo á 26 de Abril la festividad de Santa Leocadia en que debió y no pudo verificarse esta segunda gira, la frase *há muchos días* supone que lo más tarde que tuvo lugar el primer viaje á la insula seria á principios de Abril.

hizo presentacion (que nunca la hiciera!) de la virginidad de su poesia, en seis redondillas que le cupieron en suerte, alabando *el cuidado del mantenedor*. Y para que siendo todos participantes en el estrupo, holgándose con el fruto dél, le cupiese menos parte del daño al *Presidente*, cuyo mandato fué la principal causa de este exceso, se mandaron leer sus malos versos, cuyo mal tenor es el siguiente; y traian por titulo esta copla primera:

Juan Bautista de Espinosa
presenta en estos umbrales
versos de piés tan cabales
que pueden pasar por prosa.

Que me quiero hacer poeta:
oiganme, señores, todos;
que he de alabar de mil modos
al mantenedor y fiesta.

Estaba muy enfadado
el otro día en su casa
porque no tenía una maza:
advertid su gran cuidado.

Procuró clarín y caja:
la caja es cosa muy justa;
el clarín diz que es injusta;
¿quién me mete en esta paja?

¿A cuantos pudo ha llamado
que le den una invencion
con gallarda discrecion:
advertid su gran cuidado.

Nuestras leyes nos baraja,
que ha gastado más de veinte
y aun de treinta, y no consiente;
¿quién me mete en esta paja?

El pabellón ha colgado,
la olla nos tiene puesta,
grande ha de ser esta fiesta:
advertid su gran cuidado.

Vistas estas coplas, se mandó las pusiesen en el archivo de *Juan de Leganés*, y á su dueño perpétuo silencio en esta materia.

Quiso *Lorenzo de Medina* gozar desta buena ocasion, pareciéndole que hecho el gusto á tan malos versos se encubririan mejor las faltas de los suyos; y así, sin esperar á que llegase su vez, hizo presentacion de ocho coplas de un *Romance á la pereza*, que son las que le tocaron. Mandósele que jurase si eran hechas á costa de su ingenio; y él dijo que si no lo eran, al menos que le parecían, como dellas constaba; cuyo tenor aunque se pudiera haber por expreso, le quiso expresar aquí. El título ó sobreescrito es la primera copla.

Romance á cuyo mal fin
no le puedo dar alcance;
su autor dice que es romance,
y yo digo que es latín.

Musas del Castallo coro,
dad luz á mi torpe ingenio
para que de la pereza
cante los malos efectos,
y el mundo sepa que es vicio
do se pervierte el discreto,
do se entorpecen las fuerzas
y se inhabilita el cuerpo.

Si con el trabajo dicen
se olvidan malos intentos,
en la pereza consisten
siempre malos pensamientos.
¿Qué virtud se hizo con ella?
¿Cuándo causó algun provecho
jamás ni al cuerpo ni al alma,

sino un sueño casi eterno?

¡Plega al cielo, vicio torpe,
que en el insigne torneo
no asistas, porque sin tí
se excusarían muchos yerros!

Pero yo confío en Dios,
y también en San Lorenzo,
santo de mi nombre, que
me he de llevar yo dos premios.

Que aunque dellos no soy digno
por no hacer muy buenos versos,
por mi entrada é invencion
los mereceré á lo menos.

Cesa, pluma: bueno está,
que ya has dado harto tormento,
á mí con haberte escrito,
y á los demás con leerlo.

Las ocho coplas deste romance se iban á condenar rigurosamente, cuando se advirtió la humilde confesion del título dellas, que declaraba á su fingido autor por inocente de la culpa que se le podia imputar; y el verdadero no lo pasara muy bien, á no alegar que solo porque las hiciese le dieron un pastel de á ocho. Y constando de esta verdad, se declaró haber sido engañado el dicho *Lorenzo de Medina* en más de la mitad del justo precio: y así que por la enorme lesion se debía rescindir el contrato. Lo cual se reservó para lugar más espacioso, dando lugar á los versos de *D. Diego Jimenez*, meritisimo mantenedor.

(Se continuará.)

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORDE.

CRÓNICA.

EXTERIOR.

Es indudablemente grave la situación actual de la Prusia. El desacuerdo entre el ministerio y las Cámaras ofrece en estos instantes un obstáculo trascendental á la normalidad de las funciones políticas de aquel reino; y mientras esta cuestion siga sin resolver, la atención de los hombres pensadores no debe separarse de un suceso que puede ligarse, por sus consecuencias, con los intereses de la Europa entera. Nosotros lamentamos sinceramente que aquel monarca no haya desde luego usado de la régia prerogativa para dar á este asunto la pronta y necesaria solucion que reclama. No es posible, empero, que esta solucion deje de determinarse, y en un breve plazo, con la modificación ministerial, ó con el cambio por completo del gabinete. La suspensión de las Cámaras, de que algunos periódicos han hablado, solo vendría á justificar la excitación, la alarma del sentimiento público; y como todo hace creer que en el caso de una clausura definitiva del Parlamento, no se haría esperar una reelección casi unánime, el conflicto, que así puede llamarse, recibiría en este caso deplorables proporciones.—Por lo demás, incidentes de este género no son cosa que asombre en las naciones que, como la Prusia, están, por decirlo así, en el principio de su educación constitucional. Abandonar bruscamente la supremacía de un militarismo histórico; entrar por la fuerza del movimiento universal en las vías de una regeneración política; y encontrar á cada paso fuertes resistencias, y serios peligros que dominar, todo esto ni es nuevo, ni anómalo. Lo esencial es, y por fortuna así sucede y creemos seguirá sucediendo en Prusia, que esas resistencias y esos peligros acaben por someterse á la fuerza reguladora y potente del principio liberal, que es hoy, puede decirse, la razón determinante de las grandes nacionalidades.

El movimiento electoral sigue en Francia preparando á la lucha, con actividad rápida y creciente, á los antiguos y nuevos partidos. Llenan un día y otro los periódicos sus columnas con candidaturas de diversos colores, y todo hace esperar que esta batalla política ha de ser bien reñida. Entre los diversos incidentes á que su preparación está dando motivo, ha ocupado estos días la atención pública la *advertencia* oficial dirigida á

A mí con haberte escrito. ¿Escribiría el poetaastro: A mí con aqueste escrito?

Se iban á condenar rigurosamente. En el juicio de todas las composiciones poéticas se trasparencia y descubre á maravilla el ingenio y discrecion de quien hizo el donoso y grande escrutinio en la librería de D. Quijote.

Virginidad de su poesia. Cervantismo.

Archivo de Juan de Leganés. Aficionado á coleccionar obras disparatadas.

Haber por expreso, le quiso expresar aquí. ¿Dictaría el cronista: «haber por supreso, le quise expresar aquí?»

La France por un artículo que insertó resentidamente con el epígrafe *Pas d'exclusions*. Lamentábase en el dicho diario de que el gabinete francés, mientras el conde de Morny, presidente de la última Cámara, encarecía en su discurso de despedida la necesidad de que el cuerpo electoral se decidiese á formar la que ha de sustituirla, con elementos iguales á los de la anterior, que eran, al parecer del ilustre conde, excelentes, el ministro del Interior, á juicio de *La France*, rechazaba en sus circulares, con poca benevolencia, á cierta fracción del extinguido Cuerpo legislativo. Y esta primera amonestación ministerial, que bien puede creerse precursora de otras menos contentadizas, ha llamado la atención generalmente, por no ignorarse la aceptación que el gobierno francés ha dado hasta ahora á las apreciaciones de ese periódico, á cuyo director, M. de *La Guernonnière*, se cree bien puesto en el ánimo del emperador. *La France*, sin embargo, parece actualmente dedicada á demostrar el gran impulso que con sus disposiciones sucesivas está Napoleón III dando al verdadero liberalismo, para asentar cada día con mayor solidez las bases del imperio constitucional.

Las últimas noticias de Méjico nada han añadido á las que ya tenemos acerca del ataque de Puebla, comenzado el día 29 de Marzo. Los franceses se habían apoderado, uno por uno, de los fuertes más considerables, á pesar de la desesperada resistencia de los sitiados y de los formidables medios de defensa que en todo un año se han acumulado en la población. Entre las pérdidas del ejército expedicionario, cuéntase al general de artillería M. Vernhet de Laumière.

La lucha de los dos Estados anglo-americanos no ha perdido nada, ni de sus terribles proporciones, ni del ardor digno de mejor causa con que la sostienen pueblos que ayer eran hermanos. Según el último correo, se aproximaban graves sucesos en la Virginia y el Misissipi, y aún no se sabe con irrefutable certeza á quién pertenece el triunfo de Chancellorsville. Si la petición de una mediación anglo-francesa, que parece acaba de formular en Londres M. Zewet, pudiera conceptuarse como un síntoma de cansancio, ó de buena voluntad al menos por ambas partes, el nuevo y el antiguo mundo debían felicitarse de ello. ¿A qué esperan, en efecto, los que hoy se combaten como colosos iguales? Ambos tienen la conciencia de que les es imposible un triunfo decisivo por las armas, y entre ambos se alza la cuestión de la esclavitud, el fantasma que desunión sus manos, tal vez para siempre.

Sigue hablandose de la probabilidad de un congreso europeo para el arreglo de la cuestión de Polonia. En verdad, cada día que pasa se hace más necesario el cumplimiento de lo que es hoy un deseo universal. Á través de las noticias contradictorias, de los relatos cuyo sentido está en perfecta armonía con la procedencia, es innegable que el movimiento del pueblo polonés ni cesa ni se disminuye, y que, por el contrario, la victoria ha favorecido últimamente los esfuerzos de sus heroicos campeones. Esperemos, pues, que estas ventajas, siquiera momentáneas, y aunque vayan acompañadas de tantos sacrificios, contribuyan á apresurar el día en que la causa de esa nación desventurada sea llevada al seno de una asamblea continental.

Como si el estado general de los negocios europeos no tuviese en estos momentos áridos problemas que resolver, la Turquía acaba también de aumentarlos con su última nota dirigida á los gobiernos de Inglaterra y Francia, acerca de los trabajos del canal de Suez. El gobierno turco hace en dicha nota la declaración, un poco tardía, de que la forma de los trabajos para la apertura del istmo, es ni más ni menos que un peligro para la paz del mundo. Por otra parte, el sultán y sus ministros caen ahora en la cuenta de que no puede autorizarse el trabajo forzado en territorio egipcio, sin contravenir á la legislación de Turquía en el particular; es decir, que bien puede M. Lesseps reembarcarse con todos sus auxiliares y operarios, y el mundo resignarse á dejar en proyecto una de las más grandes obras de nuestra época. Verdaderamente, estaba reservado á un gobierno tan ilustrado como el de la Sublime Puerta, el mérito de un acuerdo semejante. Desde que algunos filósofos ilusos se habían ocupado de Turquía para dar, en nombre de la civilización moderna, un último adiós á esa nacionalidad espirante, casi no habíamos vuelto á oír hablar de ella; la Puerta Otomana se ha tomado, sin embargo, el trabajo de recordarnos que todavía existe en Europa como una perpétua rémora de su cultura.

INTERIOR.

La *Gaceta* del jueves último publica el real decreto que aprueba y autoriza la creación del nuevo ministerio de Ultramar. Poco tenemos que decir sobre esta disposición. Reconociase generalmente, y desde hace muchos años, la necesidad de una dependencia oficial, autorizada é independiente, para la dirección

y gobierno de nuestros vastos é importantes dominios en Ultramar. Siendo España una de las primeras naciones coloniales de Europa, era hasta un contrasentido que la administración de nuestras posesiones ultramarinas estuviese encargada á una oficina de segundo orden, cuando por el creciente desarrollo material de aquellas provincias, y hasta por el estado de nuestras relaciones internacionales, se hacía cada día más imprescindible la creación del referido ministerio, para poner en manos de un consejero de la Corona la dirección y el cargo de aquel importante ramo de nuestra administración, y su responsabilidad.

De un día á otro deben aparecer, según se asegura, en el periódico oficial, algunos nombramientos de nuevos gobernadores. Este suceso, que implica forzosamente la iniciativa de la política del gobierno, ha sido y es objeto de vivas polémicas en la prensa. Nada más justo: el ministerio, disponiéndose á preparar legal y prudentemente las nuevas elecciones, está dentro de la esfera constitucional. Por más que se declame contra el abuso de esa prerogativa del poder ejecutivo, y por más que este abuso haya sido, por desgracia, patrimonio de algunas administraciones, lo cierto es que sin el uso racional y justo de esa prerogativa, se falsea por completo la base del sistema representativo. No hay, en buenas teorías constitucionales, gobierno que merezca el nombre de tal, sin que tenga el pensamiento propio de su política, y sin que se crea llamado á realizar, por el especial camino de sus convicciones, las esperanzas y las necesidades del país y de la administración pública. Y este pensamiento, formulado y manifestado, debe tener su natural apoyo en la mayoría parlamentaria, como luego á su vez la aprobación de esta mayoría á los actos del gobierno responsable, debe tener la garantía de una restricción natural, tanto en las prerogativas del trono, como en las oposiciones, que son asimismo ruedas importantes del mecanismo representativo. El gobierno, pues, está en el uso de un legítimo y precioso derecho al disponerse á ejercer lo que hoy día llamamos su influencia moral, y que, bien entendida, y sobre todo bien practicada, es un elemento de vida y de armonía. Así se comprende y se ejecuta en esa misma Inglaterra, cuya máquina gubernativa se nos presenta sin descanso como un modelo de sencilla y bienhechora solidez.

De desear es, por lo tanto, que el actual ministerio, si ha de corresponder al principio de legalidad y conciliación que ha proclamado, concorra por su parte, y aun dentro de la misma esfera de su iniciativa y de su conveniencia, á que las nuevas elecciones, que se han de verificar después de la disolución de las actuales Cortes, sean la expresión legítima del país, impulsada y garantizada á un tiempo por la autoridad suprema. De esta manera, y solo de esta manera, nuestra nación podrá entrar de lleno en buenos hábitos gubernativos; porque indudablemente, la España constitucional, que ha llegado ya, después de medio siglo de experiencia, á un período que pudiéramos llamar de virilidad, no goza, sin embargo, tranquila y desembarazadamente de la plenitud de sus fuerzas. ¿Qué otra cosa quieren decir esos desesperados esfuerzos de los antiguos partidos, que no se dan por muertos sin embargo de verse ya en un estado de completa inutilidad? Las más secundarias cuestiones, los incidentes que en cualquiera otro país constitucional no pasan de ser accidentes naturales del sistema, aquí se efectúan con un carácter de inmensa trascendencia, y parecen amenazar á cada paso el porvenir de las instituciones. Tenemos, pues, necesidad de entrar de una vez y sin temor alguno en el terreno que hemos conquistado á costa de tantas luchas; y esto lo conseguiremos el día en que sea inseparable entre nosotros la idea de todo gobierno, del principio de una absoluta é intransigente legalidad. Vengan en buen hora las lides parlamentarias á depurar en el crisol de sus discusiones la conveniencia de teorías mejoradas; el árbol sagrado de nuestras libertades necesita la savia de esa vida progresiva, como resultado del movimiento universal de las inteligencias; pero clamemos y luchemos todos por la incolumidad de los principios; tengamos la convicción de que estamos en la posesión de una forma constituyente, dentro de cuya esfera deben y pueden realizarse todos los verdaderos progresos. Profunda veneración y respeto profundo á la legalidad constitucional; esto es lo que en la esencia necesitamos; por esto suspira hace muchos años nuestra conciencia nacional; á esto deben aspirar entre nosotros los buenos gobiernos, hasta por interés propio. También los gobiernos, como todas las grandes asociaciones, viven del crédito, y el crédito de los gobiernos es la legalidad, ante todo.

S. LOPEZ GUIJARRO.

EDITOR RESPONSABLE: D. Santiago Boulade y Albert.

MADRID: 1863.—Imprenta de Manuel Tello, Preciados, 86.